

arteka

Octubre,
**produzcamos
la historia**



***«La revolución es un acto de libertad,
en el que el proletariado deja de ser un
producto de la historia, para convertirse
en productor de historia; es el medio
por el que la política se hace presente
y domina la objetividad social de las
cosas; es la política contra la historia. Sin
esa explosión política de la revolución,
sin la toma del poder por parte del
proletariado mediante la insurrección, es
inconcebible ningún tipo de revolución»***

Editorial — pág. 6

06

EDITORIAL
Arteka

La revolución
es posible



CRÓNICA
Hedoi Etxarte

El galope de la
caballería roja

20

COYUNTURA
Martin Goitiandia

Eurocomunismo, Estado de
Bienestar y pacto social

26



REPORTAJE
Arteka

Una mirada a la sociedad:
grandes cambios de base

42



COLABORACIÓN
Alberto Riesco

La sociología del trabajo
francesa y su aportación al
análisis del sistema soviético

54



REPORTAJE
Aingeru Otxotorena

Unión Soviética: derecho a la
autodeterminación, federalismo
y otras propuestas para
resolver la cuestión nacional

La revolución es posible

EDITORIAL

Octubre es un mes marcado en rojo para todos los comunistas, es parte de nuestra historia, donde se condensan gran parte de nuestros conocimientos. En octubre de 1917, según nuestro calendario, se inició una etapa irreversible en el proceso de maduración del proletariado y del movimiento comunista que, aunque el balance inmediato pueda concluir la derrota, para quien todavía se organiza para la revolución y tiene plena convicción de su necesidad, no es más que un paso en el duro camino hacia la libertad.

La revolución en Rusia fue el estallido inicial de una serie de revoluciones que la sucederían. Muchas de ellas en la zona oriental, donde el desarrollo histórico atrasado hacía emerger movimientos de liberación del yugo político ejercido por el imperalismo, que impedía un libre desarrollo de las naciones oprimidas. En cierta medida, gran parte de las revoluciones sucedidas en el denominado Ciclo de Octubre se caracterizan por estar estrechamente ligadas a la liberación nacional, y por el componente interclasista y/o popular que le es inherente, y que acabaría condicionándolas hasta conducir las a la derrota. Además, el común denominador de todas ellas es que se desarrollan fuera de Europa, allí donde, *a priori*, y según formulas un tanto mecanicistas que relegan la subjetividad política a un segundo plano, totalmente subordinada a la estructura económica, son más favorables las condiciones objetivas de la revolución. Esto, sin embargo, no puede

En cierta medida, gran parte de las revoluciones sucedidas en el denominado Ciclo de Octubre se caracterizan por estar estrechamente ligadas a la liberación nacional, y por el componente interclasista y/o popular que le es inherente, y que acabaría condicionándolas hasta conducir las a la derrota

“

Solo anteponiéndonos al devenir catastrofista de la economía podemos hacer política; o la política solo es aquello que surge al margen de la racionalidad económica. Si algo demuestra el siglo XX es precisamente la relación que se da en torno a esa contraposición

entenderse como desprecio a la concepción según la cual junto al desarrollo histórico se abren posibilidades al sujeto, sino que, al contrario, como desprecio al supuesto que afirma que la política viene siempre por detrás de la racionalidad objetiva de la economía, y que sin esta última nada es posible. Hay que entender que en el desarrollo de las fuerzas productivas va inserto el desarrollo de la fuerza subjetiva del trabajo, y su organización política, por lo que no es un simple desarrollo de la tecnología científica de la maquinaria.

Solo anteponiéndonos al devenir catastrofista de la economía podemos hacer política; o la política solo es aquello que surge al margen de la racionalidad económica. Si algo demuestra el siglo XX es precisamente la relación que se da en torno a esa contraposición. Por un lado, la necesidad de la política, del sujeto que hace frente a la realidad y se niega a ser una mera expresión de la economía. Por otro, la impotencia del sujeto que se constituye sobre la ficción política, que lo acaba relegando a ser aquello a lo que se contrapone para poder ser. En definitiva, la relación entre la revolución, como momento político de la toma del poder, y la revolución como fuerza social que transforma los supuestos sobre los que se constituye el sujeto revolucionario.

El Partido Bolchevique, comandado por Lenin, fue un gran estrategia de la política, y un claro ejemplo del dominio de esta, del impulso revolucionario ejercido por las ansias de libertad. En ningún mo-

mento se subordinó incondicionalmente al hecho objetivo del desarrollo económico, y siempre actuó como fuerza impulsora de la revolución, para llevar a cabo la revolución social, sustentada sobre la transformación socioeconómica de la sociedad. Ejemplo de ello es la política firme que defendieron en la cuestión del derecho de las naciones a la autodeterminación, mediante la cual, lejos de resignarse a aceptar como un espectador más, tal y como hicieron otros comunistas, la tendencia económica a la unificación cada vez más estrecha de los vínculos nacionales, hicieron frente a tal economicismo y reclamaron el poder de la política vanguardista del proletariado, por la democracia que posibilitaría su unidad internacional, no como un hecho inevitable, sino que sobre todo, como una posición apetecible.

La revolución es un acto de libertad, en el que el proletariado deja de ser un producto de la historia, para convertirse en productor de historia; es el medio por el que la política se hace presente y domina la objetividad social de las cosas; es la política contra la historia. Sin esa explosión política de la revolución, sin la toma del poder por parte del proletariado mediante la insurrección, es inconcebible ningún tipo de revolución. La unidad inseparable en un todo de la revolución política y la revolución social sigue siendo, a día de hoy, una cuestión cardinal para los comunistas. Y, sobre todo, el dominio de la revolución política sobre el proceso de la revolución social, la condición de la política para transformar

“

Así, son dos lecciones las que quisiéramos extraer de octubre, una en positivo, la otra en negativo: 1) la revolución es posible, 2) esta consiste en revolucionar las premisas que la hacen indispensable

la realidad social.

Sin el estallido revolucionario y sin la insurrección del proletariado constituido en Partido Comunista, es imposible transformar la realidad, y destruir el capitalismo. Quienes, bajo el supuesto de una situación histórica divergente con respecto a la acontecida en el siglo XX, reniegan a día de hoy de la necesidad de organizar la revolución y de la toma del poder mediante la insurrección, simplemente están renegando del socialismo y de la política, para caer en las filas del reformismo.

La insurrección del proletariado en Rusia no es una condición histórica peculiar relacionada con la situación bélica mundial, es la vía que se le impone al proletariado para poder transformar la realidad en cualquier lugar en el que esté constituida la dictadura de la burguesía. Toda actividad que se plantee fuera de esa conquista esencial, no puede ser considerada, de ninguna de las maneras, como una actividad revolucionaria. Y es que es el control político sobre un territorio el que permite imponer un nuevo orden en el mismo, y defenderlo de los ataques del enemigo.

Ahora bien, no podemos hablar de un sujeto revolucionario constituido sobre la pura ideología. Su condición sigue siendo objetiva, solo que ahora es ese sujeto el que tiene la capacidad de gobernar sobre las condiciones objetivas de su existencia. De lo que se trata es de hacer efectivo ese poder, y revolucionar la realidad social, esto es, las condiciones de existencia del sujeto revolucionario, hasta el punto de hacerlo superfluo, y de destruir toda fuerza de dominación política. Primero, porque no luchar contra las condiciones dadas reintegra al sujeto en el estado actual de las cosas, disolviéndolo en su racionalidad. Segundo, porque es la situación dada la que acaba por dominar al sujeto, integrándose en el mismo, y subordinando la política a la objetividad social racionalizada. Ejemplo de esto último es la burocracia, que se integra en el Partido, instrumentalizándolo como medio de acceso a puestos directivos en las diversas esferas productivas y perpetuando esa figura como dirección objetiva del proceso social, hasta disolver la política en la gestión burocrática de la planificación de la producción capitalista de plusvalor.

Así, son dos lecciones las que quisiéramos extraer de octubre, una en positivo, la otra en negativo: 1) la revolución es posible, 2) esta consiste en revolucionar las premisas que la hacen indispensable. En este número hemos querido recoger esas dos caras, bien analizando el punto de vista político, con un reportaje sobre el derecho de las naciones a la

La insurrección del proletariado en Rusia no es una condición histórica peculiar relacionada con la situación bélica mundial, es la vía que se le impone al proletariado para poder transformar la realidad en cualquier lugar en el que esté constituida la dictadura de la burguesía

autodeterminación, que fue central en la actividad política de los bolchevique que creían en la revolución, y la organizaban y alentaban de la única manera posible, sin resignarse y haciendo política; y analizando también el punto de vista social, tal y como se recoge en el reportaje que tiene como tema la protección social o en la colaboración sobre la sociología del trabajo. /

El galope de la caballería roja

Texto
Hedoi Etxarte

Karl Marx, Friedrich Engels y Jenny von Westphalen escribieron el *Manifiesto del Partido Comunista* en 1848. Si existe un incipit famoso, ese es el del *Manifiesto*. Aquel que dice que hay un fantasma que recorre Europa y que todas las potencias confabulan en Santa Alianza contra el fantasma. Ahora que nos aproximamos al segundo centenario de la escritura del *Manifiesto*, la alianza anticomunista es, si cabe, más fuerte que entonces. Sin embargo, la argumentación contra el fantasma se ha ampliado: hoy en día, las entrañas anticomunistas se enfocan contra el espantapájaros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Hoy no se destruye a quien querría marcharse del capitalismo o quien querría un capitalismo más humano mientras sea pequeño y frágil, pero cualquier pequeña reforma (como las encauzadas en la Venezuela chavista, por ejemplo) es atacada con dureza por el capital internacional.

Como dice aquella canción del poeta Erich Weinert con letra de Hanns Eisler (al que los informes del macartismo bautizaron como el «Karl Marx de la música»):

*Porque la embestida contra
la Unión Soviética
es un ataque contra el
corazón de la revolución
y ahora, la guerra que se
expande pueblo a pueblo,
es una guerra contra ti, ¡proletario!*

Analizar, comprender y discutir sobre la Revolución de Octubre y la historia de la URSS no significa no investigar sus fallas y errores. Bien al contrario. Los avances de la gente humilde, de la clase trabajadora, de los condenados de la tierra, se han hecho asomándose a los precipicios. Así llegaron también los de octubre, analizando con dureza a sus anteriores y con voluntad de trascender. Y así lo consiguieron, como en aquel poema que Gabriel Aresti escribió sobre Trotski, los bolcheviques «cumplieron con la obligación de todo

revolucionario: hicieron la revolución. La revolución soviética.» La hicieron, y con consecuencias poco habituales: vencieron.

VIENTOS DEL ESTE

Se han hecho infinidad de lecturas sobre la Revolución de Octubre. Casi todas son lícitas. Hay largometrajes. Poemas. Novelas. Crónicas escritas en directo. Libros de historia partidarios. Libros de historia anticomunistas. Pero hay dos juicios que son prácticamente irrefutables.

Uno: La de octubre es, junto con otras tres, una de las revoluciones más reseñables de los últimos tres siglos, junto con la francesa (1789-1799), la americana (1775-1783) y la china (1927-1949).

Dos: La de octubre es (desde la Revolución francesa) la victoria política más importante en tiempo y espacio del movimiento obrero organizado. Lo es en el tiempo porque duró desde aquel 1917 hasta que cayó el Muro de Berlín en 1989. Y lo es en el espacio porque la Revolución de Octubre generó un patrón que posibilitó un sinfín de organizaciones revolucionarias. Muchos de ellos derrocaron poderes anteriores y llegarían a gobernar con proyectos socialistas o anticoloniales (China, Cuba, Vietnam, Corea del Norte, Nicaragua).

PARTISANOS PROFESIONALES

A raíz del centenario de la Revolución de Octubre, el filósofo maoísta Alain Badiou recordó que «las revoluciones verdaderas siempre renacen revoluciones anteriores». Así pues, la de octubre renació la Comuna de París de 1871, la Convención de Robespierre, la revolución de esclavos de Haití, incluso las guerras campesinas alemanas del XVI. Las revoluciones retroceden en toda su genealogía. Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y quienes después formarían el Partido Comunista Alemán decidieron bautizarse, al abandonar la socialdemocracia, la banda de Espartaco. Aquel era un referente de hacía vein-

A raíz del centenario de la Revolución de Octubre, el filósofo maoísta Alain Badiou recordó que «las revoluciones verdaderas siempre renacen revoluciones anteriores»

tiún siglos. En cada ocasión que sucede una revolución despiertan, de nuevo, aquellos personajes que el pueblo llano ha tenido como referentes: Espartaco, Thomas Müntzer, Robespierre, Saint-Just, Toussaint Louverture, Louis Michel, Lissagaray, Lenin, Trotsky, Alexandra Kollontai, Lunakharski, Rosa Luxemburg, Karl Liebknecht, Clara Zetkin, Mao Tse-Tung, Ho Chi Minh, Che Guevara.

Pero, vayamos al comienzo. En 1871, en la resaca reaccionaria de las revoluciones fracasadas de 1830 y 1848, los revolucionarios de París llevarán a cabo la primera revolución proletaria de la historia. Del 18 de marzo al 28 de mayo, a través de un sistema político sofisticado, el gentío castigado por la guerra, será dueña de si misma. Realizarán un ejercicio de autodeterminación primordial. Pero la reacción francesa, con apoyo de fuerzas extranjeras, vencerá a la Comuna y masacrará a los *communards*: 20.000 ejecuciones, 40.000 arrestos, miles de deportados. Para Marx aquel experimento será un ejemplo de la dictadura del proletariado: «El recuerdo de los mártires de la Comuna reside piadoso en el gran corazón de la clase trabajadora». Para Bacunin, la ausencia de Estado, será ejemplo de anar-

quismo. Pero para quienes lo vivieron y para cualquier posición histórico-política, la victoria de la Comuna fue breve y la masacre posterior tan sangrienta que todo sabía a derrota.

El leninismo fue una respuesta a aquella derrota. Como explica Badiou, para Lenin la cuestión no era poner en duda el valor de lo sucedido en los días de la Comuna. La cuestión era que sí, que había habido un ejercicio de organización y autodeterminación indiscutible. Pero que analizando los motivos de la derrota la cosa era bastante clara: además de alcanzar el poder, la revolución tiene que mantenerse si quiere desarrollar un proyecto. Y si aquel proyecto lo derribaron las armas de la reacción, se tendría que haber defendido con las armas de la revolución.

Y ese fue, en dos pasos, el motivo del éxito y la expansión de Lenin —y del leninismo después—: ¿cómo hace la guerra el enemigo? ¿Cómo tenemos que hacerla nosotros? Lenin estudió junto con Marx a Clausewitz. Estudió las guerras y guerrillas del silgo XVII y del XIX. Aunque la cuestión no era nueva. Marx y Engels ya sabían que la guerra revolucionaria no podía ser una revolución de barricadas como fueron las anteriores, entre otras, la de la Co-

[...] Para Lenin la cuestión no era poner en duda el valor de lo sucedido en los días de la Comuna. La cuestión era que sí, que había habido un ejercicio de organización y autodeterminación indiscutible. Pero que analizando los motivos de la derrota la cosa era bastante clara: además de alcanzar el poder, la revolución tiene que mantenerse si quiere desarrollar un proyecto

muna de París. Así lo subrayaba también Engels en sus análisis militares. Así pues, en 1915 Lenin estudió *Vom Kriege* de Clausewitz. En su cuaderno, la *Tetradka*, recopiló citas en alemán y glosas en ruso. Y como el fascista Carl Schmitt mencionó con admiración en una conferencia que dio en Pamplona: Lenin inauguró un nuevo pacto entre el partisano y la filosofía. Para Lenin la cuestión partisana no solo era una cuestión militar, un aspecto de la estrategia bélica. Si la lucha de clases pretendía poner patas arriba el orden político y social entero y si pretendía construir uno nuevo, la cosa no era tener a miles de personas obedientes. El revolucionario profesional tenía que saber qué hacer en la guerra, qué hacer

en la paz, cómo comportarse en una asamblea, cómo escribir un documento, cómo charlar con este o con aquella, cómo decidir sin tener contacto con sus superiores. El revolucionario profesional se guiaría con lo que recogía en las líneas de los periódicos, en informes o en asambleas del partido. Pero el revolucionario profesional era soberano allí donde estallaba la revolución: debía saber qué hacer de manera autónoma. Y aquello trajo «una fuerza explosiva sin precedentes».

Contra la mayoría socialdemócrata de su época, Lenin reveló, junto con otros, que el cambio no vendría con la sucesión de elecciones. No solo por aquello de Rosa Luxemburgo de que reforma y revolución son proyectos de

naturaleza distinta, sino porque los métodos de la revolución no pueden ser los de la reforma. En ese sentido, Lenin maduró la conciencia del partisano. Lo convirtió en figura imprescindible de la dirección del partido comunista en su «Der Partisanenkampf», en la revista rusa *El proletario*. Contra el objetivismo y el progresismo, Lenin argumentó que «sin revolucionarios profesionales» no habría revolución.

En la socialdemocracia anterior a 1917 era hegemónico pensar que las masas conseguirían la revolución por su cuenta. En los estados parlamentarios a través de victorias electorales, por ejemplo. Para Lenin la guerra partisana «era un modo de lucha ineludible», que debía emplearse sin dogma-

Vera Ermolaeva 1932



Pero una de las novedades que el leninismo trajo a la política revolucionaria fue la cuestión de la organización. Lukács resaltó que la vigencia del materialismo histórico era la revolución proletaria. Es decir, que la política revolucionaria tenía capacidad de anticipación: para alcanzar la revolución futura había que realizar acciones coordinadas

tismo, que debía desarrollarse a través de decisiones concretas sucesivas: en algunos casos de manera legal, en otros ilegal, con modos pacíficos o violentos, de manera regular o irregular. Por decirlo con una afirmación retórica: si el objetivo era la revolución comunista mundial, cualquier cosa a favor del objetivo era bueno y justo.

Por tanto, se puede decir con amor o con odio, esa cuestión afectiva no cuenta aquí, que el leninismo fue «un socialismo de cuartel»: fue un procedimiento político para dar, a través de una victoria militar, respuesta a la derrota militar de la Comuna. Y por eso tomó el leninismo su modo de hacer política de la guerra: tuvo manifiestos, tuvo vanguardia política, tuvo comisarios políticos, realizó purgas, tuvo cuadros y también líderes.

Ese fue el primer pasó de la expansión del leninismo: trajo un nuevo modo de hacer política, un modo que hasta ese entonces no tuvo el movimiento obrero. Y tras ello llegó la segunda consecuencia: la Revolución de Octubre, a diferencia de miles de empresas revolucionarias, venció. Llegó al poder tras la guerra civil. Y se convirtió en un acontecimiento con capacidad de prosperar. Y eso lo convirtió en imparable. Al igual que la épica decadente alaba la derrota, la épica revolucionaria (la de la escuela de Brecht) alaba la generación de con-

diciones para cambios profundos. Y por eso se expandió el leninismo a los cinco continentes. Y a todos los campos; a la política, por supuesto, pero también al arte, por ejemplo. Y los artistas empezaron a hacer lo que sus referentes políticos hacían: manifiestos, vanguardias, designar enemigos artísticos, realizar purgas, actualizar viejos manifiestos. Si el arte servía para cambiar el mundo, para nombrar y transformar el significado de las cosas, había que poner en marcha medios artísticos que tuvieran una vocación victoriosa.

Y al igual que todo esto permite poca discusión, también hay poco margen para poner en cuestión las razones por las que aquella victoria se fue marchitando, es decir: el militarismo (hacia el interior) y el burocratismo (porque tan imprescindible es la disciplina para los oprimidos, como lo es el debate y la crítica), 1937 fue uno de sus años trágicos.

Aquel camino que Lenin aprendiera de Clausewitz tuvo su desarrollo posterior en la estrategia de Mao Tse-Tung, y saco a millones de personas de la pobreza y la hambruna en el sureste asiático.

LABRANDO EL LARGO SURCO

Nadezhda Krupskaya, en su maravilloso *Recuerdo de Lenin* da dos destellos al inicio de la crónica. El primero de ellos relata la influencia del hermano

mayor revolucionario en Lenin. Alexander Ulianov era un zoólogo de renombre en su momento. En 1887 intentó matar al zar Alejandro III y lo ahorcaron por intento de homicidio. Lenin creía que aquel apasionado por los anélidos no era un revolucionario. Según Krupskaya la influencia del destino del hermano mayor en Lenin fue definitiva: aquel señor apasionado por la naturaleza realizó un acto revolucionario contra toda expectativa (el destino de Alexander Ulianov era una suerte de personificación de la revolución soviética que llegaría cuarenta años después: en un lugar con unas condiciones impropias, sin que nadie lo esperara, se condicionó el desarrollo de la historia humana). Según Krupskaya, el final del Alexander generó mucha reflexión en Vladimir, «enraizó su pensamiento, su voluntad de no perderse en frasecitas, renunció a la fascinación, es decir, le generó una gran rectitud a la hora de ver las cosas». En sus años iniciales como revolucionario Krupskaya resalta que Lenin tenía una relación privilegiada con los libros de filosofía («Por la noche solía leer libros de filosofía [...]: Hegel, Kant, materialistas frandeses y, cuando se cansaba, Pushkin, Lermontov, Nekrasov»). En fin, que para aclarar eso de «cómo se hizo» la Revolución, si tuviera que elegir un único libro, probablemente el de Krupskaya sea el más plás-

Valdimir Tatlin 1920



tico de todos. Más que los *Diez días que estremecieron al mundo* de John Reed. Porque está claro que las revoluciones no tienen embarazos de diez días, que tienen partos complicados, y que, como relata Krupskaya, la Revolución de 1917 empezó en el siglo XIX.

Lo que los bolcheviques conseguirían tras la revolución de 1905 (qué decir tras la de 1917) fue sorprendente. Entre otras muchas cosas porque la hipótesis era que la revolución se desarrollaría en un país industrialmente avanzado y con un sistema parlamentario-capitalista donde hubiera un partido socialdemócrata fuerte. Y, por tanto, de haber un lugar donde debiera de haber comenzado, sería Alemania. O Europa occidental.

Pero una de las novedades que el leninismo trajo a la política revolucionaria fue la cuestión de la organización. Lukács resaltó que la vigencia del materialismo histórico era la revolución proletaria. Es decir, que la política revolucionaria tenía capacidad de anticipación: para alcanzar la revolución futura había que realizar acciones coordinadas. La labor del partido (pese a que los partidos comunistas mayoritarios de Europa occidental hicieran lo contrario tras la Segunda Guerra Mundial) era, partiendo de cada contexto material, imaginar la revolución, organizarla: ser capaz de leer el mapa, el territorio y la

brújula. En esa labor las mujeres tuvieron un lugar central (además de la ya citada Krupskaya, hay que mencionar a Anna Boldireva, Anna Lietveiko, Vera Lebeveda, Inessa Armand o Alexandra Kollontai).

Es la Primera Guerra Mundial y casi todos los hombres activos de Rusia estaban en el frente. En febrero de 1917 los 30.000 trabajadores del metal de la factoría Putilov salieron a la calle para reclamar un aumento salarial. Los huelguistas se unieron a las mujeres que reclamaban alimentos. Unos días después, el 8 de marzo, eran ya 90.000 trabajadores y trabajadoras quienes descendieron desde el norte de Petrogrado hacia el centro de la ciudad. Era el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, el inicio de la última fase pre-revolucionaria. A partir de ahí la huelga generó cada vez más conciencia (aquel método que la socialdemocracia tenía por no revolucionario). Así comenzó la que se llamaría la Revolución de Febrero, la primera fase de la de Octubre.

Pese a todo, semanas antes, en enero de 1917, en el duodécimo aniversario de la revolución de 1905, Lenin creía que la revolución sería «democrático-burguesa en lo social, pero proletaria en sus modos de lucha». Es decir, que se derrocaría la autocracia de los zares y la nobleza, pero que la burguesía capitalista seguiría en el poder, al menos hasta que en Europa prendiera la revolución. En cierta manera, el error perceptivo de la lectura bochevique fue también su acierto: la revolución burguesa-democrática se convirtió rápidamente en revolución proletaria. Pero no tuvo su equivalencia en Europa, fundamentalmente, porque la socialdemocracia alemana masacró la revolución que se dio, casi en cada ciudad de Alemania en 1918-1919. Y eso dejó sola a la URSS. No hubo efecto dominó y la Revolución china tardaría mucho en llegar. No fue posible la revolución en los países industrializados, entre otros motivos porque en Occidente, los herederos de Octubre no quisieron hacerla, ahora, los comunistas occidentales hacían



suyas las estrategias y los marcos que defendía la socialdemocracia en 1917: tanto en la España de 1937 como en la de 1978, en la Francia post 1945 o en Portugal a partir de 1974.

PAZ, TIERRA Y PAN

Desde el final del XIX era evidente que dentro de la Segunda Internacional, en los partidos socialdemócratas había proyectos diferenciados. Rosa Luxemburgo se referiría a ello en 1899 como

alemana y sus créditos de guerra.

La barbarie de la guerra no solo fue determinante en el Imperio ruso. La guerra se leyó en términos similares en el centro y el occidente europeo. Explicada por Georg Lukács o Ernst Bloch, por Jaroslav Hasek o Bertolt Brecht, lo salvaje de la guerra generó un trauma generacional –como testifican las artes plásticas y la literatura–. La cuestión no solo eran los muertos, la cuestión era que toda la sociedad iba al abismo y que, en definitiva, los trabajadores de distintos países se mataban los unos a los otros a la vez que se empobrecían. El conocido eslogan de los bolcheviques clamaba «Paz, tierra y pan». Y la reivindicación antibélica trajo consigo la liberación de pueblos y la reivindicación contra el imperialismo.

El impulso contra la masacre fue una de los lugares seminales de los bolcheviques. En plena Primera Guerra Mundial Trotsky denunció que en las trincheras se ahogaban «la salud, el confort, la higiene, el intercambio diario, las relaciones amistosas y, en definitiva, las reglas morales inquebrantables». Con la guerra se hundía lo mejor de la civilización. A finales de 1939 Molotov señaló que Francia e Inglaterra esperaban que el Tercer Reich luchara contra la URSS «generando una nueva masacre a gran escala, un nuevo holocausto de las naciones».

En Europa occidental no había dudas: «era imprescindible terminar con aquella nauseabunda masacre que generaba el orden político-social y no podía haber objetivos intermedios; todo se regía en la contradicción capitalismo/socialismo, o en el eje burguesía/proletariado». Así lo esperaba Lenin también, que el imperialismo sería el inicio de la revolución socialista. Que el capitalismo era tan inaceptable que, tras él, se impondría «un orden social y económico superior».

El análisis y la denuncia de la guerra venía de lejos entre los bolcheviques. Así, Bujarin en 1911, en sus viajes a Europa y los EEUU, denunció que el Estado trabajaba sin cesar en pro de nue-

Reforma o revolución en su dura crítica al parlamentarismo. Otra de las tensiones internas de la socialdemocracia era la posición sobre la cuestión colonial y fue, precisamente, una cuestión ligada a lo colonial lo que trajo la escisión en las organizaciones obreras más grandes del momento: la Primera Guerra Mundial. En el seno de la socialdemocracia, la mayoría de organizaciones europeas pasaron de estar contra la guerra a aceptarla o permitirla, con el caso de la



Vera Mukhina 1937

vas guerras. En occidente «todo ha sido ‘movilizado’ y ‘militarizado’». Y explicó que los objetivos de la guerra y del imperialismo arrastraban a la economía, la cultura, la moral, la religión e incluso «la medicina, la química y la bacteriología». Es decir, que la «enorme máquina técnica» se había convertido en la «enorme máquina de la muerte». Bujarin vería aquello que más tarde se llamó totalitarismo. Lo que el industrialismo trajo fue objeto de debate en el movimiento obrero, también entre los comunistas. Sin embargo, como en otros muchos debates, Domenico Losurdo explica que el movimiento obrero del Occidente industrializado se criticó el desarrollismo. En Oriente, sin embargo,

se vio la aceleración tecnológica como el único modo de mejorar las condiciones de la gente corriente: salud, educación, alimentación, energía y todas las infraestructuras de transporte estaban por hacer.

LA DERROTA

Alain Badiou subraya en *Hipótesis comunista* que un texto político tiene que estar inserto en un proceso político. Sin embargo, un texto de filosofía política es todo lo contrario. Su objetivo es «fundar» la política, incluso «fundar» lo político. Como con el mito, la filosofía política establece reglas morales, inalienables, dirá que es «bueno» y dirá qué Estado es «bueno». Según Badiou, «la filosofía política de hoy en día es el sirviente erudito del capitalismo parlamentario».

Para analizar cualquier acontecimiento político, incluidos los acontecimientos históricos, no se pueden leer los procesos como mitos. Sucede lo mismo con la Revolución de Octubre. Como propone Badiou hay que anali-

zar el *campo de los posibles errores*. Al igual que hicieron con 1871 quienes posibilitaron 1917, y al igual que lo venían haciendo en 1871 con las derrotas de 1848 y 1830.

Así cantaba Ernst Busch la melodía de Hanns Eisler con letra de Vladimir Mayakovski:

*No importa
que erizando la corona,
el león británico ruja.
La comuna no será vencida.
¡Izquierda!
¡Izquierda!
¡Izquierda!*

Pero sí. La Comuna fue vencida, como la URSS, como la Revolución cultural china. Y las derrotas han de analizarse.

EL COMUNISMO HOY, LA REVOLUCIÓN HOY

Jodi Dean escribe que hoy en día la revolución se menciona más como un problema que como una solución. Que, hoy en día, no se cree ya en la revolución. Que atendemos más a que no nos quiten lo que nos queda de dignidad en vez de luchar por que la dignidad sea un derecho universal. Que la emancipación igualitarista no vive sus mejores tiempos.

Según Dean, la única forma de poner de nuevo en el centro la revolución es a través de la formación del partido comunista. A falta de esa perspectiva política solo habrá capitalismo en el horizonte. De esta forma, la labor del partido es la anticipación, ha de trabajar «la convicción de que la revolución será materialmente posible». No solo como superación de situaciones concretas, sino creando orientaciones y potencias que hoy son negadas.

Como analizaría Lukács, la aportación principal de Lenin fue llevar a la práctica la teoría marxista. En esa labor la actualidad de la revolución era el marco y su hallazgo fue que la mediación entre teoría y práctica era la

organización. Es decir, que el materialismo histórico no era una explicación del pasado, al contrario, tenía vínculos con el futuro, en la medida en que traía ese futuro al presente. Es ese futuro el que permite elegir hoy y decidir hoy. No es un futuro en sentido «pasado mañana», es un futuro en sentido «hoy».

Una de las variantes de Lenin, en contra del dogmatismo de la tradición socialdemócrata, fue que no era el partido quien hacía la revolución. Que la cosa no era movilizar a la masa como a un rebaño acrítico. El partido tenía que anticipar la revolución. Lenin decía que había que «seleccionar de forma exigente a los militantes del partido, a quienes tuvieran conciencia de clase proletaria y a quienes dieran todo su apoyo a todos los explotados en la sociedad capitalista».

La llama de Octubre se ahogó en Oriente. Aquella llama mejoró la vida de millones de personas en Occidente, a través del pacto entre capital y socialdemocracia a partir de 1945. Pero ese pacto en Occidente sería la derrota de la política revolucionaria. Buena ilustración de ello es lo que se ha venido llamando marxismo occidental, como a él suele referirse Losurdo. El marxismo occidental «se da por satisfecho con la crítica y encuentra en ella su razón de ser, sin plantearse el problema de formular alternativas viables y de construir un bloque histórico alternativo al dominante, es ilustración de la pedantería del deber ser; y cuando después se complace en la lejanía del poder, como condición de la propia pureza, encarna la figura del alma bella».

El mundo en el que la Revolución de Octubre se dio y el de hoy en día son bien distintos, entre otras cosas, porque Octubre sucedió. Y, sin embargo, cualquier organización debería tener en la memoria a Lenin de 1887: de día al lado de los que materialmente más pisoteados están y, de noche, leyendo filosofía para debatir en grupos de lectura. Contra las proclamas organización e imaginación. /

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, Hannah, *Sobre la revolución*, Alianza: Madrid 2019.

Badiou, Alain, *L'Hypothèse communiste*, Lignes: Paris 2009.

Badiou, Alain, *Petrograd, Shanghai. Les deux révolutions du XXe siècle*, La fabrique: Paris 2018.

AA, *Viento Sur 150*, febrero de 2017.

Dean, Jodi, *Multitudes y partido*, Katakarak: Pamplona 2017.

Groys, Boris, *La posdata comunista*, Cruce: Buenos Aires 2015.

Groys, Boris, *Obra de arte total Stalin*, Pretextos: Valencia 2008.

Kollontai, Alexandra, *Catorce conferencias en la Universidad Sverolov de Leningrado (1921)*, -Cienflores: Buenos Aires 2014.

Krupskaia, Nadezhda, *Recuerdo de Lenin*, Fundación Federico Engels: Madrid 2015.

Losurdo, Domenico, *El marxismo occidental. Cómo nació, cómo murió y cómo puede resucitar*, Trotta: Madrid 2019.

Lukács, Georg, *Lenin. A Study on the Unity of His Thought*, Verso: Londres 2009.

Rodríguez, Emmanuel, *La política contra el Estado. Sobre la política de parte*, Traficantes de Sueños: Madrid 2018.

Schmitt, Carl, *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*, Trotta: Madrid 2013.

Eurocomunismo, Estado de Bienestar y pacto social

Se ha hablado mucho sobre la Unión Soviética en esta edición de *Arteka*. Sin embargo, los impactos de la URSS fuera de sus fronteras son tan interesantes como sus cuestiones internas. En la reconstrucción de los países que quedaron fuera del pacto de Varsovia en la posguerra de la 2ª Guerra Mundial tuvieron vital importancia los partidos comunistas que antes del fin de la guerra eran miembros de la III Internacional (especialmente el PCF en Francia y el PCI en Italia). Aun tras la desintegración de la internacional o Komintern, la relación entre estos partidos y el Partido Comunista de la Unión Soviética perduró hasta que, en la década de los 70, los primeros se declararon *Eurocomunistas*. Por ello, cabe decir que estos partidos y la URSS jugaron un papel importante en la gesta del pacto que sostendría el Estado de Bienestar.

Siendo hoy en día la recuperación del Estado de Bienestar el programa político de la aristocracia obrera y, en general, de la clase media, al movimiento socialista le es imprescindible determinar el carácter histórico de ese Estado de Bienestar, si es que quiere resultar victorioso en la disputa con la socialdemocracia. ¿Fue el Estado de Bienestar alcanzado gracias a la fuerza del movimiento comunista, o fue una jugada de la burguesía para ganar estabilidad en el centro impe-

rialista? La respuesta a esta pregunta trasciende los límites de este artículo; de todas formas, la hipótesis aquí presente es que el paradigma del Estado de Bienestar implica un consenso y un pacto social, y que los partidos que luego serían eurocomunistas jugaron en ese pacto el papel de vigilantes del movimiento obrero. Este artículo no permite desarrollar debidamente la argumentación de esta cuestión, ya que en ella influyen muchos factores, por lo que puede resultar confuso. Por ello, se le requiere un esfuerzo al lector para seguir el hilo argumentativo (habrá referencias que no constarán, razonamientos sin profundizar...)

EUROCOMUNISMO

En 1977, los dirigentes de los partidos socialistas del sur de Europa (Francois Mitterrand en Francia, Bettino Craxi en Italia, Felipe González en España y Mario Soares en Portugal) expresaron cierta cercanía a la nueva dirección política de los partidos eurocomunistas (contra los socialistas de los países del norte): «Respetamos el eurocomunismo. Es la corriente ideológica más importante que ha surgido en Europa después de la Segunda Guerra Mundial». El socialista sueco Olof Palme sintetizó bien ese acercamiento a los partidos comunistas: «Estimo que es difícil entender a aquellos que solo muestran desconfianza ante las

reevaluaciones ideológicas que se están haciendo al interior de los partidos comunistas. Debe considerarse como un beneficio el que estos partidos empiecen a manifestar su creencia en los derechos y libertades democráticos, que deseen defender los derechos fundamentales, que comiencen a darse cuenta de la fuerza que tiene el reformismo para el cambio de la sociedad». Estos socialistas que apostaron por acercarse a los partidos comunistas tenían razón, ya que la influencia del eurocomunismo fue la purga de los elementos comunistas y la aceptación de las normas fundamentales de la democracia burguesa. Así, estos partidos que estaban aislados en el parlamentarismo burgués, pudieron integrarse en el estado capitalista. Como manifestó el miembro del partido socialdemócrata austríaco Bruno Kreisky, «Si los comunistas realmente desean llegar a ser demócratas, deberían descartar mucho más que la simple concepción de la dictadura del proletariado. Si se hiciera lo anterior, desaparecería entonces todo un credo político. Nada quedaría de lo que es específico del comunismo y se transformarían en socialdemócratas, pero con un lenguaje ligeramente más revolucionario».

Aunque en el discurso se manifestaban en contra del gobierno parlamentario, estos eurocomunistas se movían cómodamente entre las

El crecimiento era condición necesaria para el Estado de Bienestar, pero no suficiente. Fue necesario un consenso político para dirigir esa formidable acumulación de plusvalor puesta en marcha en Europa a políticas de protección. Fundamentalmente, se negoció una parte de ese gran crecimiento para asegurar que lo demás siguiera en posesión del capital. El proceso eurocomunista se dio, precisamente, a raíz de ese consenso o pacto

fuerzas parlamentarias. El socialista Gino Bianco explica el cambio: «Ronald Tiersky refleja bastante bien el problema cuando anota respecto al partido francés que su "aceptación del pluralismo político es un hecho consumado dado que el partido quizás no será nunca lo suficientemente fuerte como para alcanzar sus metas solo". (...) Los franceses han reemplazado el concepto de dictadura del proletariado por una nueva noción, la de "hegemonía de la clase obrera". Los italianos proclaman también la importancia del concepto Gramsciano de hegemonía (...) y han afirmado su fidelidad al pluralismo. Sobre todo, los comunistas occidentales han puesto gran énfasis en su devoción a los valores democráticos». René Andrieu, miembro del comité central del PCF, profundiza: «La idea central de la política comunista es que Francia para salir de esta crisis debe experimentar una transformación democrática de sus estructuras de organización. Es la ampliación continua de la democracia la que conducirá al país a un socialismo que deberá ser en sí mismo auténticamente democrático».

En una reunión llevada a cabo en Madrid en 1977 por Berlinguer (PCI), Marchais (PCF) y Carrillo (PCE), estos formalizaron en una declaración los cambios políticos antes mencionados. Para el comienzo de la década de los 80, ya había acabado el proceso de transformación de estos partidos (la trayectoria del PCE fue diferente, pero el resultado el mismo). ¿Pero cuándo comenzó el proceso que tuvo estas consecuencias en la década de los 70? ¿Qué relación tuvo con el Estado de Bienestar?

Aunque el Estado de Bienestar tenga numerosos antecedentes (la constitución de la República de Weimar, el reformismo sueco, el New Deal de Roosevelt...), fue en la posguerra de la 2ª Guerra Mundial cuando se dio sis-

temáticamente este fenómeno dentro del Estado capitalista. Esta generalización de las políticas de protección es inexplicable mediante una sola causa; sin embargo, las declaraciones y teorías de la época relacionan el crecimiento económico con una redistribución de la riqueza producida. El Estado de Bienestar nace ligado a las condiciones especiales del ciclo de acumulación del capital creadas en la posguerra en Europa. Estas condiciones fueron las que permitieron un alto y constante crecimiento hasta la década de los 70. Para los años 1949-50, la mayoría de los países ya había recuperado el nivel de producción anterior a la guerra y entre 1950 y 1970 el PIB europeo creció el 5,5% al año como media (doblando el índice de EEUU), con la industria como punta de lanza.

Al terminar la guerra, dado que el capital constante estaba destruido y el ejército industrial de reserva (el desempleo) era inmenso, lo que impedía reiniciar la acumulación era más un estado de «shock» que la falta de plusvalor. Esa situación generó una escasez y pobreza tanto en los países vencedores como en los derrotados, pero una vez de que se había conseguido la liquidez para realizar los pagos internacionales (divisas, en este caso dólares por el plan Marshall) la acumulación se reanudó rápidamente. Es más, se establecieron grandes tasas de plusvalor y unas condiciones óptimas para la renovación del capital completo con el objetivo de atraer la inversión extranjera. Finalmente, la hegemonía estadounidense cortó los ciclos comerciales (entre el libre-cambio y el proteccionismo) mediante GATT y ordenó el sistema financiero y monetario de Bretton Woods (FMI, para evitar devaluaciones competitivas e inflación descontrolada) e institucionalizó el control del crecimiento (Banco Mundial). En esta dinámica de crecimiento, el ciclo económico (por ejemplo, el decrecimiento tras la guerra de Corea) se dio en el seno de una tendencia de crecimiento cons-

La hipótesis es que el paradigma del Estado de Bienestar implica un consenso y un pacto social, y que los partidos que luego serían eurocomunistas, jugaron en ese pacto el papel de vigilantes del movimiento obrero

tante, que difuminó por completo su presencia. Gracias a todo ello, Europa recuperó el peso que había perdido a nivel mundial durante las dos guerras mundiales: mientras se redujo el crecimiento demográfico, su producción industrial pasó del 38% de la producción mundial al 49% de 1950 a 1970.

Este crecimiento era una condición necesaria para el Estado de Bienestar (ya que al desaparecer el crecimiento en los años 70-80, el propio Estado de Bienestar comenzó a disolverse), pero no suficiente. Fue necesario un consenso político para orientar hacia políticas de protección social esa acumulación masiva de plusvalías que se puso en marcha en Europa. Más allá del consenso parlamentario para la producción de una o varias leyes de terminadas, el Estado de Bienestar pretendía alcanzar una paz social en Europa en el contexto de la Guerra Fría tras dos guerras mundiales (siendo la URSS y el tratado de Varsovia enemigos cara a cara). Básicamente, se negoció parte de ese gran crecimiento para garantizar el resto del crecimiento en manos del capital. El proceso eurocomunista se dio precisamente como consecuencia de este consenso o pacto.

En la mayoría de los casos se establecen como antecedentes del eurocomunismo la desestalinización de Jrushchov iniciada en el XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría de 1956. Se supone que este tipo de sucesos provocaron una división entre el PCUS y los partidos europeos occidentales, siendo el posicionamiento en la Guerra Fría el centro del debate. Estos posicionamientos tuvieron un desarrollo complejo; por ejemplo, al fi-

nalizar el XX Congreso, Thorez (PCF) perteneció al sector que defendió la figura de Stalin, pero en la década de los 70, las declaraciones de Carrillo (PCE) eran las siguientes: «No estoy más a favor de la OTAN que de lo que estoy en favor del Pacto de Varsovia». Sin embargo, más allá de estos posicionamientos, nos centraremos en las posiciones políticas que tomaron los partidos en sus países para analizar cómo llegaron a las tesis de los años 70, en el tramo en el que se otorgaba el pacto del Estado de Bienestar.

Probablemente entre los partidos eurocomunistas el caso más estudiado es el del PCI. Lo vivido en Italia entre 1943 y 1945 ha sido definido como *guerra civil*. En esta situación se buscó un pacto de estabilidad que se materializó en 1946 en la nueva república y constitución. Había muchos factores que provocaban el desequilibrio de este pacto de posguerra: la intervención de los Estados Unidos (por ejemplo a través de la CIA), la influencia del Vaticano, la proximidad del muro de acero... Sin embargo, la nueva Italia quedó en equilibrio entre dos grandes fuerzas: el Partido Demócrata Cristiano (DC) y el PCI. Togliatti, líder del PCI en aquellos tiempos, partió de una responsabilidad histórica del partido en la llamada *gira de Salerno* (Svolta di Salerno) para renunciar a la revolución en Italia y apostar por las necesidades de reformas democráticas. En esta dirección, desarmó la milicia partisana y entró en el gobierno junto con el partido DC como ministro de justicia.

A pesar de que la figura militante de Togliatti estuvo posteriormente por encima de la de eurocomunistas como Carrillo, él sentó las primeras bases del giro político. Labriola y Gramsci se toman como referencia en el partido durante estos años (o al menos una lectura determinada de Gramsci), apo-

logizando este último simbólicamente más que políticamente. Togliatti juega a favor de la «responsabilidad» y la «estabilidad» frente a una Italia que ha salido dividida de la guerra, la civil y la mundial. Esto puede destacarse en 1948, cuando por un lado hace un llamamiento a mantener la paz en la huelga llamada tras un atentado contra él y por otro el PCI se presenta a las elecciones junto al partido socialista bajo el nombre de *frente democrático*. Esta última tendencia tiene su precedente en la estrategia de Frente Popular ante el fascismo marcada por la III Internacional (Komintern). Viendo que la 1ª Guerra Mundial había agotado y dividido la II Internacional, cuando la URSS fundó Komintern pidió a sus miembros una gran disciplina para marcar una posición común a los partidos de las potencias capitalistas. Durante la segunda guerra, todos estos partidos (entre ellos el PCI) se unieron a diferentes partidos socialistas y demócratas para combatir el fascismo. Esto hizo que no solo se aprobara un programa de mínimos democráticos, sino que se modificara la propia composición de los partidos comunistas miembros de los frentes, facilitando la incorporación de las corrientes de la clase media.

El desarrollo pormenorizado del caso italiano hasta la década de los 70 podría detallarse mucho más, pero si en resumen hemos demostrado que el PCI se puso del lado del orden burgués-democrático en la débil situación de los años posteriores al final de la guerra (años entre revolución y reforma, por así decirlo), podemos decir que siguió la misma línea durante las dos décadas siguientes. Así, el histórico acuerdo entre Togliatti (PCI) y De Gasperi (DC) se repitió entre Berlinguer (PCI) y Aldo Moro (DC), el cual se convirtió en la base de la nueva Italia.

Tras la guerra, el capital inició un nuevo ciclo de acumulación, y, para garantizarlo, los nuevos regímenes de la posguerra (como todo nuevo régimen) necesitaron un pacto entre las distintas fuerzas existentes. La Guerra Fría convirtió esa necesidad de consenso en una cuestión de vida o muerte. Por eso hemos expuesto la trayectoria de los partidos comunistas como simple ejemplo, pues las fuerzas políticas de todos los estratos de clase tuvieron su proceso de integración. Si hemos expuesto el caso de estos partidos, es porque fueron los más difíciles para integrar. El eurocomunismo de los años 70 sería, pues, la meta de esa trayectoria; fruto (y no origen) del reformismo

No obstante, este equilibrio hay que tomarlo con pinzas; aunque estabilizó las bases del nuevo régimen, la década fue muy inestable en Italia (allí hubo años de plomo; el propio Aldo Moro fue secuestrado y asesinado por las brigadas rojas).

Hay menos bibliografía y no podemos extendernos mucho, pero siendo más cercano también tenemos que tocar el caso del PCF francés, aunque sea por encima. La ocupación nazi cambió radicalmente el paradigma de la III República. El PCF, que en 1920 contaba con solo 50.000 afiliados, salió de la guerra con más de 300.000 afiliados gracias a su protagonismo en la resistencia. Como en Italia, el PCF tenía una fuerza gigantesca, pero en la creación de la IV República asumió el papel de estabilizador. Aunque, al finalizar la guerra, algunos sectores dentro del partido pretendían tomar las armas contra el gobierno (considerándolo como marioneta de los Estados Unidos), el partido rechazó esta pretensión por orden del PCUS. Al igual que hizo el PCI, recuperó la política del frente popular antes de la guerra y entraron en el gobierno de De Gaulle. Al igual que en Italia, en 1947 los comunistas tuvieron que abandonar el gobierno para que el país recibiera ayudas de los Estados Unidos. Como podemos ver, ambos casos se parecen mucho.

El PCF tuvo una vinculación más estrecha que el PCI con el PCUS (Thorez se mantuvo firme con el sector más duro, por ejemplo, tanto en el XX Congreso del PCUS como en la invasión de Hungría), pero aceptó una integración similar en la construcción de posguerra de los regímenes. Con el tiempo, sostuvo una confluencia con las posiciones del PCI en el ámbito internacional hasta el punto de unirse al resto de partidos eurocomunistas en los años 70. Aquí tampoco podemos explicar con todo detalle el desarrollo del PCF, pero como en el caso italiano, las decisiones de posguerra fueron, más que una posición táctica, un posicio-

namiento estable. Así lo demuestra la actitud pasiva del partido durante las aventuras imperialistas de Francia (Indochina y Argelia) en las décadas posteriores.

Por último, podemos ver la madurez de estas desviaciones políticas (antes de la formalización eurocomunista de los años 70) más claramente en su disidencia. La primera oposición en la dirección política se da desde posturas prosoviéticas, a favor del llamado marxismo-leninismo del viejo PCUS (por ejemplo, el propio Thorez). La expresión más tardía de esto con respecto al relato que hemos hecho aquí podría ser el libro *Eurocomunismo es anticomunismo* (Eurocommunism is anti-communism) de Hoxha, o los partidos disidentes como el PCPE. Sin embargo, sin duda el PCI y el PCF vieron a finales de los 60 el nacimiento de la mayor disidencia de su izquierda. El primero fue el año 67 de Italia, seguido del 68 francés. Estos sectores nacidos en la universidad criticaron en general las políticas moderadas de los partidos. En los posicionamientos de la Guerra Fría también nacieron otras posiciones entre el eurocomunismo ambiguo y la ardiente Defensa de la URSS, como el maoísmo a favor de China que acababa de alejarse de la URSS, o incluso el trotskismo. Sin embargo, esta oposición a los partidos se desarrolló mucho más allá, desde posiciones intelectuales en torno al PCF (J. P. Sartre) hasta movimientos organizados fuera del PCI (brigadas rojas o más tarde Autonomía Operaia).

CONCLUSIONES

El objeto de este relato (ni de ningún otroanálisis histórico) no es juzgar las decisiones que se tomaron en un momento u otro. Después de la guerra, el capital inició un nuevo ciclo de acumulación, y para garantizarlo, los nuevos regímenes de posguerra (como todos los nuevos regímenes) necesitaron un pacto entre las distintas fuerzas políticas. La Guerra Fría convirtió esta necesidad de consenso

en una cuestión de vida o muerte; además de los acontecimientos mencionados, habría que tener en cuenta la crisis de los misiles de Cuba, el golpe de estado de Chile y mil factores más en este sentido. Por eso hemos explicado la trayectoria de los partidos comunistas como un simple ejemplo, ya que las fuerzas políticas de todos los estratos de clase tuvieron su proceso de integración. Si hemos explicado el caso de estos partidos ha sido porque eran los que más dificultades tenían para integrarse. El eurocomunismo de los años 70 sería, pues, el destino de esta trayectoria: el fruto del reformismo y no su origen.

Debemos analizar el Estado del Bienestar como pilar de este consenso. El tramo 1945-1971 (llamados los *años dorados del capitalismo*) es, en estos países, el del consenso basado en la redistribución del producto de crecimiento atípico (plusvalor) que hemos explicado más arriba. Precisamente, el descenso de la tasa de ganancia de los años 60 se expresará a principios de los 70 con la crisis del petróleo y acabará con este consenso keynesiano. /

BIBLIOGRAFÍA

ALDCROFT, DEREK H. (2013). La economía europea 1914-2012. Crítica.

ANDERSON, PERRY (1976). Consideraciones sobre el marxismo occidental. Siglo veintiuno.

BIANCO, GINO (1977). Social democracia y eurocomunismo. Nueva Sociedad (35 zbk.)

DONOFRIO, ANDREA (2018). Érase una vez el eurocomunismo. Las razones de un fracaso. Tecnos.

HOBSBAWM, ERIC (1973). Revolucionarios. Crítica.

MARTELLI, ROGER (2016). El PCF en 1956: el miedo al vacío. Nuestra Historia (2).

RUBIO, M. JOSEFA (1989). La formación del estado social. Colección tesis doctorales.

REPORTAJE

Texto Arteka

Una mirada a la sociedad: grandes cambios de base



Tras la Revolución de Octubre, y ya con los bolcheviques al mando, cambiaron las bases de la sociedad que hasta aquel entonces perduraba bajo el mandato del imperio del Zar. Como primer paso a favor de los derechos fundamentales de los trabajadores, el poder soviético aprobó más de un centenar de decretos sociales y leyes para proporcionar cobertura social al pueblo trabajador y en especial a mujeres, niños, ancianos y discapacitados. Tras la Revolución de Octubre de 1917 y con Vladimir Lenin al frente del Sovnarkom –Consejo de Comisarios del Pueblo–, Alexandra Kollontái fue elegida Comisaria del Pueblo para la Asistencia Social.

El comienzo del mandato de Lenin no fue fácil debido a la pésima situación económica en la que se encontraba el país, a causa de La Guerra Civil, La Primera Guerra Mundial y el contubernio imperialista de estados capitalistas que invadieron la República Soviética a poco tiempo de la revolución bolchevique. Tampoco fue fácil la labor para los encargados de los Consejos de Comisarios del Pueblo en los ámbitos de protección social, salud o educación, entre otros.

En ese contexto caracterizado por la Guerra Civil y la intervención extranjera es cuando se redacta en la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) la Constitución de 1918, que estableció los objetivos políticos generales de la Constitución: la abolición de la explotación e instauración del socialismo. También declaró los derechos fundamentales de los ciudadanos, los deberes de éstos y del Estado, y cómo se garantizarían todos ellos. Tras la creación de la URSS en 1922, llegaron las constituciones de 1924, 1936 y 1977. La Constitución Soviética recogía los derechos fundamentales sobre los que luego descansaría la seguridad social de la Unión Soviética, como el derecho al descanso de los ciudadanos, a la educación, a la sanidad y las pensiones.

En la Unión Soviética el Estado tenía la responsabilidad de todos los ciu-

dadanos, y era quien se encargaba de garantizar las condiciones vitales básicas de los trabajadores. Los sectores más vulnerables recibieron el apoyo y la ayuda del Estado: discapacitados, niños, ancianos y mujeres. Pero, ¿qué tipo de ayudas tenían dichos sectores sociales? ¿En qué se basaba el sistema de protección social? Es difícil de expresarlo con detalle, pues fueron muchos los ámbitos en los que los soviets trabajaron durante décadas –en diferentes periodos de tiempo y mandatos–. Siendo conscientes de ello, en las siguientes líneas hemos redactado algunas pinceladas para poder conocer el trabajo que fue realizado en ámbitos sociales en la República Soviética los primeros años tras la Revolución de 1917 y más tarde en la URSS.

EMPLEO Y CONDICIONES

En los tres primeros años de la revolución bolchevique crearon las premisas para una nueva forma de producción. En lugar del capitalismo, la propiedad privada y la explotación del trabajo asalariado, entra en escena el sistema socialista de economía. Por aquel entonces la industria, las minas, los transportes, todo en absoluto era propiedad del pueblo y administrado por el aparato estatal central. Ciertamente todavía existía el trabajo asalariado, pero la plusvalía creada por los trabajadores ya no iba a parar a los bolsillos de cualquier empresario privado, sino que se empleaba en satisfacer las necesidades sociales: para el desarrollo de la producción, para la creación de una nueva conciencia social y para la asistencia al ejército rojo.

La implantación del trabajo general obligatorio para todos los hombres y mujeres fue uno de los hechos más importantes de la revolución. Según citaba Kollontái, aquella ley dio lugar a un cambio sin ejemplo hasta la fecha en la historia de la vida de la mujer. «Ha transformado más fuertemente el papel de la mujer en la sociedad, en el Estado y en la familia que todos los demás decretos desde la Revolución de Octubre

que habían proclamado la equiparación política y ciudadana de la mujer».

Esta norma legal significaba propiamente una igualdad formal ante la ley; sin embargo, en la realidad, la mujer seguía siendo discriminada y oprimida a causa de las tradiciones burguesas que aún subsistían. Solo por la ley del trabajo general obligatorio cambió el papel de la mujer en la economía del pueblo; y se aceptó generalmente como una fuerza de trabajo que participaba en el trabajo útil para la colectividad. Según hizo saber la Comisaria del Pueblo para la Asistencia Social, la nueva forma de producción en la Rusia Soviética supuso tres premisas: un cálculo exacto y un empleo razonable de todas las fuerzas de trabajo disponibles, incluidas las mujeres; el paso de la economía unifamiliar y del consumo familiar privado al planeamiento social de la economía tanto el consumo colectivo; y la realización de un plan económico unitario.

«Para los trabajadores y trabajadoras la conquista más importante de la revolución es, naturalmente, la jornada de ocho horas. Caso de que el estado de desenvolvimiento de las fuerzas productivas no permita la organización a tres turnos de la empresa, la semana de cuarenta y ocho horas no puede ser superada por el tiempo de trabajo medio para todos los operarios adultos. En empresas especialmente perjudiciales para la salud –por ejemplo, en la industria del tabaco y en algunas fábricas de la rama química– la jornada diaria se rebaja a seis o siete horas. Hay una prohibición general de trabajo nocturno para las mujeres, y para los varones se limita a siete horas. El trabajo de oficina para empleados e intelectuales se reduce a seis horas. El descanso de mediodía debe ser al menos de media hora hasta dos horas. Todo trabajador tiene derecho a un descanso semanal que debe durar cuarenta y dos horas sin interrupción. Las vacaciones anuales alcanzan a cuatro semanas o a dos semanas dentro de cada semestre. Está prohibido emplear a menores de dieci-



La implantación del trabajo general obligatorio para todos los hombres y mujeres fue uno de los hechos más importantes de la revolución. Según citaba Kollontái, aquella ley dio lugar a un cambio sin ejemplo hasta la fecha en la historia de la vida de la mujer

séis años y los comprendidos entre dieciséis y dieciocho años deben trabajar todo lo más durante seis horas al día. Desgraciadamente, estas órdenes no se cumplen siempre. Durante los graves años de la guerra, hubo que violar a menudo estas órdenes. Muchas veces había que hacer trabajos urgentes. Las vacaciones de los hombres se redujeron de cuatro a dos semanas y el número de horas extraordinarias y el trabajo nocturno crecían constantemente e incluso se autorizó el trabajo durante cuatro horas diarias de niños de catorce a dieciséis años. El Comisariado del Pueblo para el Trabajo dictó en octubre de 1919 una disposición especial que permitió transitoriamente el trabajo nocturno de las mujeres en determinadas ramas de la industria».

Las leyes laborales soviéticas protegían, en teoría, los derechos de las mujeres. Se les prohibía las horas extraordinarias y el trabajo nocturno. Las mujeres no podían dedicarse a aquellas

tareas que sobrepasaban sus fuerzas. Estaba prohibida con carácter general la intervención del trabajo femenino en las ramas de producción perjudiciales para la salud. Por ejemplo, una de las disposiciones citadas prohibía que intervinieran las mujeres en funciones laborales en las que había que elevar objetos que pesaran más de 10 libras. Aun así, Kollontái confesó que a causa de la falta de mano de obra y de la necesidad de incorporar al proceso de producción todas las fuerzas de trabajo disponibles, no se cumplían dichos preceptos.

LA LIBERACIÓN DE LA MUJER

«El poder soviético ha sido el primero en crear las condiciones en la que la mujer podrá coronar, finalmente, la obra de su propia emancipación. En el curso de los siglos, ha sido esclava. Al principio, bajo el reino de la pequeña producción, lo fue de la familia; después, con el desarrollo del capitalismo,

pasó a serlo por triplicado: en el Estado, en la fábrica, en la familia». Armand, Inessa, 1920.

El poder soviético puso sobre la mesa condiciones reales para la emancipación de la mujer trabajadora, así como las condiciones para la colectivización de las tareas domésticas. Alexandra Kollontái Comisaria del Pueblo para la Asistencia Social, impulsó varias propuestas con el fin de facilitar la liberación de la mujer en todos los aspectos. Kollontái trabajó codo con codo junto a las mujeres trabajadoras ya organizadas.

Apenas tomar el poder, los bolcheviques implementaron una legislación pionera para la liberación de la mujer que incluyó los decretos sobre el matrimonio civil y el divorcio y el código de leyes sobre el estado civil y las relaciones domésticas, el matrimonio, la familia y la tutela. Para garantizar la seguridad de las mujeres y de sus niños se organizaron consultas médicas y una amplia red de centros de salud, así como guarderías y comedores públicos o cantinas populares.

El código de familia de 1918 abolió el estatus legal inferior de las mujeres y estipuló la igualdad de la mujer y del hombre ante la ley. El código de familia también eliminó las distinciones legales entre hijos legítimos e ilegítimos para que todos los niños fueran iguales ante la ley, legalizó el divorcio a petición de cualquiera de los cónyuges sin necesidad de fundamentar sus motivos, y estipuló la obligatoriedad de una pensión alimenticia por un periodo ilimitado en casos de necesidad, tanto para la mujer como para el hombre. A esta legislación debe agregarse la protección legal de la mujer trabajadora, incluyendo el decreto sobre la jornada laboral de ocho horas y el código de trabajo el cual estipulaba que las trabajadoras tenían derecho a licencia de maternidad de 112 días, 8 semanas antes y 8 semanas después del parto, percibiendo íntegramente su salario, y que a toda trabajadora madre de un hijo lactante se le debía otorgar cada tres horas un

descanso de media hora para amamantar a su hijo.

Antes de la Revolución de 1917, existían pocas guarderías en el Imperio ruso. Todo cambió radicalmente cuando los bolcheviques tomaron el poder y empezaron a tomar medidas a favor de la igualdad de la mujer, y su participación activa comenzó a extenderse en todos los ámbitos de la vida social. En la década de 1920 se crearon las primeras redes de guarderías, tanto en las ciudades como en las zonas rurales.

En 1941, acudían dos millones de niños soviéticos a las guarderías. En 30 años, la cifra ascendió a 12 millones. En 1959 se introdujo un nuevo sistema que unía guarderías y escuelas infantiles. Gracias a ello, el Estado se hacía cargo de los niños desde que tenían dos meses hasta que cumplían siete años y podían ir a la escuela.

En la URSS se llamaba entidades preescolares a las guarderías. También se les llamaba Jardín de Infancia, donde se enseñaba a los niños nociones de música, danza, dibujo, cálculo y escritura desde pequeños.

COMEDORES O CANTINAS PÚBLICAS

En los años posteriores a la Revolución de Octubre, el Estado puso en marcha un programa dirigido a los trabajadores: los comedores públicos o cantinas. Aquellos comedores dirigidos a los trabajadores fueron puestos en marcha con un sentido político y una visión comunista. La idea de alimentación colectiva organizada encajaba bien en la ideología del joven Estado Soviético, había que liberar a la mujer de la «esclavitud de la cocina» y darle libertad y trabajo. Al considerar que las cocinas debían convertirse en fábricas y subcontratarse, apostaron por la opción de hacerlo. Por ello, se puede decir que junto a la revolución socialista, hubo una revolución en la vida cotidiana. La Unión Soviética reestructuró completamente la organización de la vida cotidiana.

A consecuencia del trabajo general

“

«El poder soviético ha sido el primero en crear las condiciones en la que la mujer podrá coronar, finalmente, la obra de su propia emancipación. En el curso de los siglos, ha sido esclava. Al principio, bajo el reino de la pequeña producción, lo fue de la familia; después, con el desarrollo del capitalismo, pasó a serlo por triplicado: en el Estado, en la fábrica, en la familia»

INESSA ARMAND, 1920



Para garantizar la seguridad de las mujeres y de sus niños se organizaron consultas médicas y una amplia red de centros de salud, así como guarderías y comedores públicos o cantinas populares

En los años posteriores a la Revolución de Octubre, el Estado puso en marcha un programa dirigido a los trabajadores: los comedores públicos o cantinas. Aquellos comedores dirigidos a los trabajadores fueron puestos en marcha con un sentido político y una visión comunista



de las cantinas o comedores populares.

«Desde el otoño de 1918 hemos convertido en realidad en todas las ciudades el principio de las cantinas populares públicas, y el hogar unifamiliar es sustituido por las cantinas públicas y las comidas gratuitas para niños y muchachos. Nuestra penuria y la escasez de artículos ha impedido un mayor desarrollo de las cantinas populares públicas y la puesta en práctica de esta iniciativa para toda la sociedad. Pero en principio realizamos ya ese sistema de abastecimiento colectivo e instalamos los necesarios puentes de distribución. Desgraciadamente nos faltan los alimentos para un abastecimiento planificado central. Los Estados imperialistas han bloqueado con eficacia y disimulo a nuestro pobre país e impiden que otros pueblos nos suministren productos que podrían distribuirse de forma centralizada a la población mientras sigamos sufriendo de falta general de artículos. A pesar de todo hemos conseguido que las cantinas populares públicas se conviertan en parte integrante firme de la rutina de la población de las ciudades y que esta situación sea aceptada generalmente, aunque el abastecimiento sea insuficiente». (A. Kollontái: *La mujer en el desarrollo social*).

En las cantinas o comedores públicos servían alimentos abundantes y baratos. Los que disfrutaban de aquel servicio aprovechaban aquel rato para leer tanto periódicos como revistas, jugar al ajedrez o hablar con sus compañeros.

Según datos publicados por la misma Comisaria del Pueblo para la Asistencia Social, en 1919 y 1920, casi el 91% de la población en Petrogrado y el 60% en Moscú se abastecieron por medio de cantinas populares públicas. El año 1920 se alimentaron en esas cantinas 12 millones de personas de las ciudades, incluidos los niños. Y es que las cantinas llegaron a las escuelas en muy poco tiempo. Gracias a los comedores públicos, los padres no tenían por qué pensar y preocuparse por cómo alimentar a sus hijos mientras trabajaban. Además, en las cantinas los niños de-

A través de nuevas comunidades, quisieron poner en marcha experiencias de vida comunitaria, en las que se incluyeron lavanderías centralizadas de ropa, escuelas infantiles, comedores infantiles...



sarrollaban el hábito de comer juntos.

Dichas cantinas, en contraste con el hogar unifamiliar, eran una institución razonable y ventajosa porque las mujeres trabajadoras ahorraban fuerzas de trabajo, energías y alimentos. Estas experiencias prácticas fueron muy importantes para las mujeres comunistas, porque las líneas directrices para la futura política económica que estaban diseñando debían trazarse sobre la base de las experiencias vividas hasta la fecha.

VIVIENDAS COLECTIVAS

También las condiciones de vida y la conciencia de las mujeres resulto influida por las nuevas condiciones de la vivienda. Comunas de viviendas colectivas, también llamadas *kommunalka*, hogares de familias y especialmente también las viviendas para mujeres que vivían solas se extendieron mucho cuando el stock de viviendas pasó a ser de dominio público. Las autoridades tomaron posesión de los apartamentos de los ciudadanos ricos y abrieron las puertas a los nuevos inquilinos. En la década de 1920 numerosas personas se desplazaron a grandes ciudades en busca de comida y trabajo, y muchos de aquellos migrantes se alojaron en viviendas colectivas. Encontrar un trabajo en una fábrica o taller daba derecho a los ciudadanos a conseguir un dormitorio en una de esas viviendas.

En las viviendas colectivas se reunían muchas personas que no se conocían de antes: convivían campesinos y profesores universitarios, intelectuales y mineros... aunque cada uno tenía su espacio, había espacios comunes como la cocina o el aseo

Aquellas comunas de viviendas tenían como objetivo sustituir las viviendas de alquiler, ya que los soviets consideraban que los pisos individuales aislaban a las familias y suponían un gran obstáculo para el desarrollo de las relaciones sociales comunistas. A través de nuevas comunidades, quisieron poner en marcha experiencias de vida comunitaria, en las que se incluyeron

lavanderías centralizadas de ropa, escuelas infantiles, comedores infantiles...

De esta forma, se empezaron a crear las condiciones para la liberación de la mujer trabajadora, ya que los deberes domésticos eran entendidos como un asunto de la comunidad y no como un deber de la mujer dentro de la unidad familiar. Aun así, realmente las viviendas comunes o casas-comuna no sustituyeron el piso alquilado, y la mayoría de los habitantes de una ciudad vivían, como antes, en hogares particulares y en una familia aislada.

Sin embargo, para las mujeres socialistas el gran paso consistía en que estaban preparados para superar las normas sociales de la vida familiar tradicional. Es así como lo expreso Kollontái: «Ahora bien, puede en efecto ocurrir todavía que muchos hombres y mujeres que viven solos, y también familias, se esfuercen por conseguir plaza en una casa-comuna solamente a causa de la difícil situación económica en que se encuentran. A pesar de todo, es extraordinariamente interesante para nosotros que nuestras casas-comuna -que surgen en efecto en circunstancias desfavorables- sean preferidas en muchos aspectos a los pisos particulares alquilados por numerosos habitantes de la ciudad. Según los datos en 1920 existían en Moscú un total de 23.000 casas. En cerca del 40 por 100 de ellas, es decir, en más de 9.000 había o comunidades colectivas de vivienda o casas-comuna con unidades de vivienda individuales. Por lo tanto hemos encontrado ya en nuestra república de trabajadores los medios y procedimientos para liberar a las mujeres, despacio pero con seguridad, de sus tareas domésticas improductivas».

EL ABORTO

En el marco de dichas medidas para la liberación de las mujeres adoptadas por el gobierno bolchevique debe ser visto el decreto sobre la legalización del aborto del 10 de noviembre de 1920. La Unión Soviética fue el primer país en el mundo en legalizar la inte-

rrupción voluntaria del embarazo y en permitir su práctica gratuita en hospitales públicos. El decreto soviético de legalización del aborto coronó toda una serie de medidas legislativas destinadas a instaurar la igualdad legal entre la mujer y el hombre, así como a asegurar la protección legal de las mujeres trabajadoras.

El gobierno bolchevique enfatizó la necesidad de crear instituciones para madres e infantes como un incentivo positivo para desalentar a las mujeres a practicarse un aborto. De hecho, las autoridades hicieron lo posible para colocar la legalización del aborto dentro del contexto de políticas diseñadas para proteger a las mujeres como madres. Promulgaron una amplia gama de decretos e iniciaron campañas «en defensa de la maternidad y de la infancia». En marzo y abril de 1920 las secciones de maternidad y niños fueron formalmente transferidas del Comisariado de Trabajo y Bienestar Social al Comisariado de Salud Pública que estaba bajo Nikolai Semashko, Comisario del Pueblo de Salud Pública. Semashko instó a la creación de hogares especiales para las madres jóvenes, donde pudieran descansar durante cuatro meses antes del parto y un mes después, como medio para evitar los abortos, particularmente entre las mujeres que aún no habían tenido hijos.

El 1 de julio de 1920, un nuevo decreto que protegía a las mujeres embarazadas no solo reafirmó el derecho a la licencia de maternidad por ocho semanas para las trabajadoras que realizaran trabajos físicos, sino que también las liberó de todas las formas de reclutamiento laboral durante ese tiempo.

Respecto a la posición de los representantes del gobierno bolchevique se desprendía que la práctica del aborto debía ser gradualmente reemplazada por la planificación del embarazo y por la socialización del cuidado y de la educación de los niños, junto con el resto de las tareas domésticas que recaían sobre el trabajo impago de las mujeres. La abolición de la esclavitud domésti-

ca, a su vez, crearía las bases materiales para la emancipación real de la mujer y para el surgimiento de una nueva forma de familia.

EDUCACIÓN

Tras la Revolución de Octubre de 1917, El Comisariado del Pueblo de Educación fue la agencia soviética encargada de la administración de la educación pública y de la mayor parte de temas relacionados con la cultura y el arte. Anatoli Lunacharski fue nombrado comisario del pueblo hasta 1929. También tenía su lugar en el Comisariado Nadezhda Krúpskaya.

A finales del siglo XIX, el 21% de la población era analfabeta. Los soviéticos pusieron en marcha una campaña denominada «Likbez» (liquidación del analfabetismo) y crearon una red de oficinas por todo el país. Sin embargo, en 1926 solo habían sido alfabetizados un millón de personas. Para 1939, gracias al programa educativo impulsado cerca de 40 millones de personas adquirieron habilidades básicas de lectura. No obstante, el gran avance se produjo en 1930, cuando se introdujo la educación primaria universal. A principios de la década de 1940 el problema del analfabetismo masivo estaba resuelto.

La URSS entendía la escuela como un aparato ideológico del Estado. Por lo tanto, la escuela y el ámbito educativo formaban parte de la estructura y transmitían los valores del socialismo. Tras la toma del poder, los soviéticos fijaron la enseñanza pública y la educación de las masas como instrumentos revolucionarios. Las mujeres y la alfabetización del mundo rural fueron dos de los objetivos que tenían las reformas educativas que pusieron en marcha. Se hicieron grandes esfuerzos para implementar una educación obligatoria, universal y gratuita, y se consiguió. Asimismo, comprendían que la educación de cada persona no se detenía ni se limitaba a adquirir conocimientos en la escuela. La instrucción debía ser un proceso personal permanente, enriquecido con su experiencia en la socializa-

El decreto soviético de legalización del aborto coronó toda una serie de medidas legislativas destinadas a instaurar la igualdad legal entre la mujer y el hombre, así como a asegurar la protección legal de las mujeres trabajadoras





ción y un análisis crítico permanente.

Para el proceso revolucionario y el aprendizaje colectivo, la alfabetización de las masas campesinas y obreras fueron prioritarias.

LA SANIDAD

Tras la Revolución de Octubre, los bolcheviques construyeron un nuevo sistema sanitario prácticamente desde cero. En julio de 1918 el gobierno de los soviets creó el Comisariado del Pueblo de Salud Pública «Narkomzdrav», nombrando en su dirección al médico bolchevique Nikolai Semashko. El Comisariado tuvo que enfrentarse a una gran crisis social y sanitaria que ya venía desde la época de los zares. La población civil sufrió devastadoras plagas de cólera, fiebre tifoidea y viruela, y apenas contaba con personal cualificado, hospitales y medicinas para hacer frente a la situación.

Ante aquella alarmante situación, se trazaron los lineamientos para la aplicación de una política sanitaria activa de educación para la salud e higiene. Esta medida se desarrolló rápidamente durante los primeros años del poder soviético para luchar contra las enfermedades. La educación para la salud era considerada vital no solo para combatir y prevenir las enfermedades, sino también para garantizar la salud continua de la población.

Nikolai Semashko basó un sistema de atención médica en varias ideas: principios comunes de organización y centralización de la atención médica, igualdad de acceso a la atención médica para todos los ciudadanos, métodos y tratamientos de prevención unificados, la eliminación de la base social de las enfermedades, la realización de amplias medidas sanitarias, epidemiológicas y terapéuticas, involucrando al público en la atención de salud, dando prioridad a los niños y las madres. Todos los ciudadanos fueron asignados a las instalaciones médicas de los lugares donde residían. En la Constitución soviética de 1936, el derecho a la atención sanitaria gratuita se estableció como un



Comprendían que la educación de cada persona no se detenía ni se limitaba a adquirir conocimientos en la escuela. La instrucción debía ser un proceso personal permanente, enriquecido con su experiencia en la socialización y un análisis crítico permanente

derecho fundamental del pueblo soviético, junto con el derecho a la educación, el derecho al trabajo, etc.

El sistema soviético de salud era gratuito y centralizado. Todo el personal sanitario, de distintas especialidades, era empleado del Estado. Más de 600.000 médicos y dos millones de trabajadores de cualificación media veaban por la salud de la población de la URSS. Se garantizaba el derecho a la protección de su salud de cada individuo y se les garantizaba una asistencia médica cualificada gratuita, siendo las organizaciones sanitarias las que se encargaban de ello.

Los puntos de atención cercanos a los pacientes eran los puestos de primeros auxilios. Si eso no fuera suficiente, los pacientes podían acudir a las policlínicas de sus distritos. En el caso de que fuera necesario, recibían asistencia en hospitales del distrito o de la ciudad. En casos especialmente graves, los pacientes eran enviados a instituciones médicas especializadas.

La sanidad soviética no era un servicio especialmente destinado a los obreros y campesinos sino una tarea en cuya planificación participaban activamente los sindicatos obreros, las cooperativas agrarias, los soviets y la población en general; millones de personas que atendían y eran atendidos por la red sanitaria de los bolcheviques. El sistema de salud soviético representaba la forma de organización sanitaria más avanzada en las primeras décadas del siglo XX. Las políticas socialistas en salud les permitieron desarrollar la formación de nuevos médicos, enfermeros y parteras. Así pues, elevaron la esperanza de vida, disminuyeron la mortalidad infantil y materna, combatieron las enfermedades infecciosas y de transmisión sexual...

En la Unión Soviética se prestó mucha atención a los tratamientos médicos, pero también a los métodos preventivos. Se generaron numerosos medicamentos, centrados sobre todo en enfermedades venéreas, en el alcoholismo y en la tuberculosis. Una



La educación para la salud era considerada vital no solo para combatir y prevenir las enfermedades, sino también para garantizar la salud continua de la población

de las medidas preventivas generales era la vacunación, obligatoria para todos: desde los niños hasta los adultos. El sistema de atención médica de la Unión Soviética, además de hospitales y policlínicas, incluía incluso centros de descanso o balnearios para el personal. Los balnearios eran parte del tratamiento en la rehabilitación. Acondicionaron casas de descanso y balnearios para trabajadores en varios palacios de la antigua nobleza. Ejemplo de ello fue el palacio de Livadia.

Lo recogido en este reportaje no son más que una serie de pinceladas en torno a medidas de protección social en los comienzos de la Unión Soviética. Para extraer enseñanzas o hacer observaciones es imprescindible analizar dicha experiencia a fondo época tras época.

COLABORACIÓN

LA SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO FRANCESA Y SU APORTACIÓN AL ANÁLISIS DEL SISTEMA SOVIÉTICO



Texto
Alberto Riesco

La sociología del trabajo francesa se desarrolló y consolidó especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, desempeñando un papel importante en el propio desarrollo de la sociología general en dicho país. Tras el conflicto bélico, Francia emprendió un ambicioso proyecto de modernización para el cual buscó apoyo en la sociología: el conocimiento aplicado derivado de dicha disciplina se pensó que podría ser útil para el diseño e implementación de las reformas deseadas en el terreno de la empresa, el mercado de trabajo, la organización de los procesos productivos, el ordenamiento de las relaciones laborales, el sistema escolar, la administración pública, la planificación urbana, etc. Es una época en la que las puertas de las fábricas y de las empresas se abren a los sociólogos para que investiguen el funcionamiento de las organizaciones y los procesos productivos de cara a su *racionalización* y mejora: el incremento de la productividad, la reducción de la conflictividad laboral, la automatización de los procesos productivos, la adaptación de los trabajadores a las nuevas tecnologías y métodos de trabajo incorporados, etc.^[1]

Buena parte de la sociología del trabajo francesa, al igual que la de otros muchos países, se puso al servicio del proyecto modernizador impulsado por el Estado, un proyecto reformista formulado, en todo momento, en términos capitalistas. El foco de atención para la sociología del trabajo en esas décadas no se situó pues en lo que ocurría en la Unión Soviética o en los países del de-

nominado socialismo real, sino en los métodos de organización del trabajo (taylorismo, desarrollo del trabajo en cadena y de la automatización de los procesos productivos, cronometraje y lucha contra los tiempos muertos, división y especialización del trabajo, etc.) que se aplicaban en otras economías capitalistas exitosas (Estados Unidos, Reino Unido, Japón...), aunque fuese para analizarlos desde una perspectiva crítica o preocupada por las consecuencias que su aplicación pudiera tener sobre los trabajadores y las sociedades.

Esto puede verse, por ejemplo, con claridad en los trabajos desarrollados en aquellos años por Georges Friedmann, sociólogo que impulsó lo que a la postre sería la corriente hegemónica (aunque no única) de la sociología del trabajo francesa. Obras como *Problèmes humains du machinisme industriel* (1947), *Où va le travail humain?* (1950), *Le travail en miettes* (1956), constituyen un buen ejemplo de la prioridad dada a la experiencia industrial norteamericana (taylorismo y fordismo, la Escuela de Relaciones Humanas y los experimentos de Western Electric Company, etc.) en los análisis de la sociología del trabajo francesa. No obstante, hay que decir que la experiencia soviética no está ausente de la reflexión de Friedmann, un autor defensor de una sociología del trabajo denominada *humanista* que visitó en varias ocasiones la URSS durante la década de 1930. Junto a algunas obras de análisis político sobre la deriva de la experiencia soviética (*De la Sainte Russie à l'URSS*, 1938), Friedmann reflexionó también, desde sus primeros trabajos, sobre el impacto en la URSS de algunas de las dimensiones generales que centraron sus investigaciones en los países capitalistas: el desarrollo del maquinismo y de las sociedades industriales, la profundización de la fragmentación (*desmigajamiento*) del trabajo, etc. En estos trabajos (*Problèmes du machinisme en URSS et dans les pays capitalistes*, 1934; *Le travail en miettes*, 1956) Friedmann destacó que

la profundización de la división del trabajo, el desmigajamiento del mismo en tareas sencillas y repetitivas, la especialización de los trabajadores, la creciente incorporación de máquinas en los procesos productivos, así como los problemas que de ello se derivaban (desmotivación del trabajador, pérdida de sentido respecto a la tarea efectuada...) no eran exclusivos de las sociedades capitalistas, sino que se encontraban también presentes en una URSS que, ya en 1918, había visto cómo Lenin abogaba por la implantación de los métodos tayloristas como vía de mejorar la productividad de la industria soviética, ganar la guerra civil y consolidar la revolución comunista.

No obstante, si se quiere analizar la

La revolución bolchevique no había sido concebida como una revolución rusa, sino como una revolución europea, cuando no mundial. Una revolución orientada a subvertir el orden capitalista existente

aportación de la sociología del trabajo francesa a la comprensión del modelo soviético (no solo de los modos y técnicas de organización de sus procesos de trabajo, sino también de la evolución, características y contradicciones de dicha experiencia) habría que citar, especialmente, al que ha sido la otra gran figura de dicha sociología: Pierre Naville. Naville fue autor, junto a Georges Friedmann, del primer tratado de *Sociología del Trabajo* propiamente dicho (*Traité de Sociologie de Travail*, 1961-1962), sin embargo, la sociología del trabajo propuesta por un autor y otro tienen muy poco que ver^[2]. Al igual que Friedmann, también Naville tuvo ocasión de conocer de primera mano la experiencia soviética, habiendo sido invi-

tado a la URSS en 1927 con motivo de la celebración del décimo aniversario de la Revolución de Octubre. Allí conoció a Victor Serge y Leon Trotsky, con cuyas tesis simpatizará, adscribiéndose a la denominada oposición de izquierdas, lo que le supuso su expulsión del Partido Comunista Francés en 1928 y su paso a la militancia trotskista. Durante más de una década Naville colaboró estrechamente con Trotsky, una figura a la Naville siempre reivindicará (ahí está, por ejemplo, su libro *Trotsky vivant*, de 1962) a pesar de sus discrepancias y de su posterior alejamiento del movimiento trotskista. En cualquier caso, Naville, que se mantuvo activo en la escena política francesa hasta su fallecimiento, trató siempre de salvaguar-





Esta necesidad imperiosa de apertura, la necesidad de convertirse en un sistema *universal* supondría para Naville y Rolle una contradicción irremontable para el sistema soviético (un sistema, recordémoslo, concebido a escala nacional), multiplicando con ello los desafíos e incertidumbres a los que se enfrentaba para su sostenimiento (alianzas políticas dudosas, carrera armamentística, etc.)

dar la independencia y rigurosidad de su trabajo intelectual, huyendo de la figura del *intelectual comunista* (pueden leerse a este respecto sus polémicas con Sartre^[3]) y del seguidismo obligado de las *posiciones de partido*.

La experiencia soviética se encuentra presente a lo largo de toda la obra de Naville (el libro *Gorbatchev et la réforme en URSS*, donde analiza las implicaciones de la Perestroika, lo publica, por ejemplo, en 1992, un año antes de su fallecimiento). No obstante, su análisis más ambicioso y formalizado del sistema soviético se encuentra en los 7 tomos de *Le Nouveau Léviathan*, publicados entre 1957 y 1987 y muchos de ellos dedicados a la experiencia soviética. La historia de la Unión Soviética es parte consustancial del mundo en el que vivimos, un mundo cuya configuración actual resulta incomprensible sin analizar seriamente lo que supuso dicha experiencia. Para Naville, la URSS no solo constituía un objeto de debate fundamental para el devenir de los movimientos emancipatorios del planeta, sino también la oportunidad de interrogarse acerca del propio funcionamiento del capitalismo global. Una de las hipótesis fundamentales de Naville radicaba, de hecho, en postular que la Unión Soviética participaba y formaba parte del mismo espacio mundial de intercambios en el que se integraban las naciones capitalistas. Lo hacía, sin duda, con particularidades que Naville —al igual que posteriormente Pierre Rolle^[4]— trató de identificar, pero también con similitudes que permitían sostener que nos encontrábamos ante un mundo global compartido, un mundo donde las crisis tenían el mismo origen a un lado y otro del telón de acero (aunque la sintomatología, los tratamientos y los resultados no fueran idénticos).

Para Naville, la revolución bolchevique no había sido concebida como una revolución rusa, sino como una revolución europea, cuando no mundial. Una revolución orientada a subvertir el orden capitalista existente para lo cual se requería del estallido revolucionario en

el resto de potencias europeas (especialmente en Alemania), estallido que los dirigentes bolcheviques daban por descontado. La derrota de la revolución mundial derivó en un cambio de rumbo y en la transformación de la revolución soviética en una revolución nacional (la construcción de un socialismo nacional). Este hecho, la imposibilidad de reemplazar el capitalismo mundial por un espacio socialista igualmente mundial, obligó, sin embargo, a la URSS a tener que adaptarse, si quería sobrevivir, a los estándares y mecanismos de producción definidos por el capitalismo, a impulsar un proceso acelerado de industrialización basado en los mismos principios y violencias que las registradas previamente en las naciones capitalistas (transferencia de mano de obra de la agricultura a la industria, sumisión a la disciplina industrial...). La URSS competía así con el capitalismo (económicamente, militarmente, científicamente, etc.) en un espacio de intercambios compartido y organizado a escala planetaria, pero sin poder acceder a las principales fuentes mundiales de capital y con enormes dificultades para organizar siquiera un espacio económico *alternativo* con el resto de naciones del *campo socialista* (China, Yugoslavia...).

Todo ello, según Naville, conduciría al sistema soviético, antes o después, al colapso, aunque no se pudiera prever los términos del mismo (un diagnóstico éste sostenido por Naville ya en 1947, cuando incluso la oposición al estalinismo consideraba todavía reformable el sistema soviético). A juicio de Naville, el *éxito* del proceso industrializador soviético reforzará aún más su necesidad de apertura y de participación en los intercambios planetarios del sistema mundial del cual formaba parte (a eso iban encaminadas, entre otras cosas, las reformas de la Perestroika de Gorbachov). Una apertura que, según plantea Rolle, se produce justo cuando el movimiento de industrialización forzada se había agotado y los procesos de movilidad social reglados a los





que aspiraban los ciudadanos soviéticos se habían detenido. Esta necesidad imperiosa de apertura, la necesidad de convertirse en un sistema *universal* supondría para Naville y Rolle una contradicción irremontable para el sistema soviético (un sistema, recordémoslo, concebido a escala nacional), multiplicando con ello los desafíos e incertidumbres a los que se enfrentaba para su sostenimiento (alianzas políticas dudosas, carrera armamentística, etc.)^[5].

La experiencia soviética se configuró así como un *socialismo de Estado* orientado a la puesta en marcha de un proceso de industrialización acelerado dirigido por el Estado, siendo éste, en opinión de Rolle, el responsable de la formación y uso del capital que dicho proceso conllevaba. El principal instrumento para llevar a cabo semejante proceso de transformación ha solido ser identificado con el *plan* (la planificación), mecanismo aparentemente omnipresente que permitía aplicar al conjunto del territorio soviético los repartos y proporciones definidos entre producción y consumo. No obstante, tanto Naville como Rolle, van a cues-

tionar esta visión de la planificación (habitual tanto entre sus críticos como entre sus partidarios) que la presuponen como un mecanismo (consensual) de reemplazo del mercado. En lugar de dar por buena esta (falsa) oposición entre planificación y mercado, Naville (y más tarde Rolle) mostrará que el sistema soviético se fundamentaba, en realidad, en el intercambio de capacidades de trabajo por salarios (principalmente monetarios) que servían para compensar una parte del producto generado por el uso de dichas capacidades productivas.

Es decir, que el socialismo de Estado Soviético se fundamentaría en un mercado de trabajo que presupondría la existencia del resto de mercados, aunque quedasen todos ellos sujetos a las estandarizaciones, mediaciones y prescripciones del plan. No nos encontraríamos pues simplemente ante un sistema de redistribución de la riqueza socialmente producida, como a menudo se ha afirmado, pues para ello hubiese sido necesaria la gratuidad de todos los bienes, incluida la fuerza de trabajo, algo que no ocurría. A pesar de

la estabilidad en el empleo que caracterizaba al sistema soviético (lo más habitual era que los trabajadores desarrollasen su carrera profesional en una única empresa), existía una importante movilidad de los trabajadores (incluida la movilidad voluntaria, el «auto-despido») (Rolle, 2009: 88). La escasez estructural de mano de obra hacía que muchas empresas registrasen importantes dificultades para contar con los trabajadores necesarios para cumplir con los objetivos fijados por el plan. Todo esto se traducía en la puesta en marcha por parte de las empresas de diferentes estrategias orientadas a captar nuevos trabajadores o evitar el abandono de los ya existentes, estrategias basadas en el incremento del salario directo e indirecto que percibían los trabajadores: viviendas de mejor calidad, sistemas sanitarios y educativos propios, transporte, economatos. Todo ello constituiría un auténtico mecanismo mercantil de movilización y uso de la fuerza de trabajo, un mercado de trabajo real, que comportaba importantes variaciones salariales que terminaban por desequilibrar y tensar las previsio-

“

«El colectivo de asalariados, por mediación del Estado, se impone una tasa global de acumulación. (...) El capital del sistema planificado se conforma pues bajo el apremio de lo colectivo, a través de los esfuerzos que realiza cada grupo por extraer de los intercambios el máximo de salario y de beneficio posibles para sí mismo, obligando de este modo al resto a contribuir con mayor intensidad que él a la inversión colectiva»

PIERRE ROLLE (2017: 84-85)

nes del plan.

El posterior análisis de Pierre Rolle (2009) confirmará estos planteamientos de Naville, mostrando que, en la realidad cotidiana, el Plan distaba mucho de ser ese mecanismo omnipotente capaz de doblegar la dinámica económica a los designios del poder político. Rolle pondrá también en evidencia que el trabajo desarrollado en las empresas soviéticas no se llevaba a cabo siguiendo simplemente las prescripciones y órdenes procedentes del Plan con vistas a imponer su coherencia al conjunto de la economía nacional. La norma de trabajo que fijaba el Plan, es decir, la definición de tiempos estimados para la realización de cada una de las tareas previstas, servía al órgano central de la planificación para definir y anticipar los resultados de la producción, así como para distribuir las tareas y recursos necesarios para llevarlas a cabo entre las distintas empresas de la Unión. Dicha norma era, en teoría, calculada a partir de la observación de las empresas o de datos que éstas proporcionaban, corregidos por índices que tenían en cuenta la evolución de la productividad, permitiendo así la determinación centralizada de los fondos salariales atribuidos a las empresas, así como el pago de los salarios que estas efectuaban a sus trabajadores (ibid.: 143).

La realidad del Plan era, sin embargo, mucho más compleja, conformando un espacio altamente conflictivo en el que la norma de trabajo definida era permanentemente cuestionada y redefinida en la práctica. El poder central soviético no podía establecer la norma de trabajo sino tras múltiples conflictos y negociaciones por medio de los cuáles diferentes actores (ministerios, regiones, empresas, trabajadores) se movilizaban para intervenir, según sus intereses, en el cálculo de dicho tiempo de trabajo. La empresa, auténtico centro neurálgico de la regulación del trabajo y de la producción soviética, debía, sin duda, adaptar su funcionamiento a la norma prevista y cumplir con los resultados fijados por el Plan, pero estos eran unos resultados disputados en cuya determinación la propia empresa jugaba un papel fundamental. La empresa soviética, por medio de su movilización, trataba pues de obtener las condiciones de producción más favorables, un proceso por medio del cual la empresa (y sus integrantes) se enfrentaba no tanto con la autoridad central del Plan, como con el resto de empresas soviéticas (y de sus integrantes), ellas también a la búsqueda de esas mismas condiciones óptimas respecto al Plan (ibid.: 94-96).

Dentro de las empresas, los métodos y procedimientos de trabajo, a menudo escasamente formalizados, eran implementados y regulados en el seno del propio equipo de trabajo, incrementando así la distancia existente entre la norma técnica de la planificación y el plan efectivo impuesto a cada trabajador (ibid.: 107). El grupo de trabajo no se constituía a través del Plan (aunque éste pudiera ejercer algún tipo de control sobre su autonomía), sino que su composición, sus tarifas, su funcionamiento y reproducción se definían, hasta cierto punto, a partir de criterios y lógicas propios, no siempre coherentes con las necesidades y prioridades señaladas por el Plan (ibid.: 142 y 164). Las competencias puestas en práctica por los asalariados eran, asimismo, ad-

En realidad, en la Unión Soviética, al igual que en las economías capitalistas occidentales, la formación del capital se producía en el transcurso de intercambios de mercado que el Estado podía regular, pero no abolir completamente

quiridas (o confirmadas como tales) en el seno del propio colectivo de trabajo (ibid.: 139). Así pues, las prácticas puestas en marcha por las empresas soviéticas para retener a sus trabajadores, la autonomía negociadora de los equipos de trabajo o la propia centralidad de la empresa en la definición y aplicación de las directrices emanadas del Plan, permitirían rechazar la hipótesis de que la Unión Soviética hubiera suprimido los intercambios de mercado, sustituyéndolos por órdenes estatales coordinadas a través del Plan, así como la imagen de una economía soviética constreñida y estrictamente tutelada por la burocracia del poder político central.

En realidad, en la Unión Soviética, al igual que en las economías capitalistas occidentales, la formación del capital se producía en el transcurso de intercambios de mercado que el Estado podía regular, pero no abolir completamente (ibid.: 41). El capital formado en las empresas soviéticas era retirado y, al mismo tiempo, distribuido por el centro a través del Plan, de manera que la deli-

mitación de la tasa de salarios y de beneficios se confundía aquí con el reparto de recursos efectuado por el propio Plan entre las ramas de la industria que producen bienes de consumo y bienes de equipo (ibid.: 40). Un reparto que no se produciría, vía mercado, por medio del juego de los precios, sino mediante la lucha directa de las empresas entre sí (trabajadores y gestores incluidos) por participar del plan en las mejores condiciones posibles. El objeto de dicha disputa sería la parte del excedente general que les será devuelta a unos y otros colectivos de productores, tanto en forma de inversiones y beneficios, como de salarios directos. «Los diferentes grupos de trabajadores se embarcan, unos contra otros, en conflictos inevitables, en tanto en cuanto conciernen a cómo se distribuye la tarea de producir el capital entre diferentes establecimientos, regiones y corporaciones» (Rolle, 2017: 84). Se pondría así en marcha un mecanismo general de explotación entre productores de carácter multilateral (la explotación mutua) que, a juicio de Naville, conformaría la principal especificidad del socialismo de Estado Soviético. Rolle, retomando el análisis de Naville lo expresaba así: «el colectivo de asalariados, por mediación del Estado, se impone una tasa global de acumulación. (...) El capital del sistema planificado se conforma pues bajo el apremio de lo colectivo, a través de los esfuerzos que realiza cada grupo por extraer de los intercambios el máximo de salario y de beneficio posibles para sí mismo, obligando de este modo al resto a contribuir con mayor intensidad que él a la inversión colectiva» (Rolle, 2017: 84-85). Naville y Rolle aportaban así un análisis de la realidad soviética que la situaba en el devenir histórico global, en las evoluciones y tensiones que se encuentran presentes en el sistema salarial (o salariado) actual, evitando hacer de su emergencia, características o derrumbe, una anomalía ininteligible, ajena a toda lógica salvo la violencia o un totalitarismo político descontrolado. /

NOTAS

[1] Algunas investigaciones relativamente recientes a este respecto pueden verse, por ejemplo, en: Lucie Tanguy (2011), *La sociologie du travail en France. Enquête sur le travail des sociologues, 1950-1990*, París, La Découverte; así como en Anni Borzeix y Gwenaële Rot (2010) *Genèse d'une discipline, naissance d'une revue: Sociologie du Travail*, París, Presses Universitaires de Paris Ouest.

[2] Un buen resumen en español de los principales planteamientos de la sociología del trabajo de Pierre Naville puede ver en: Jorge García (2001) «Pierre Naville y la otra sociología del trabajo», *Política y Sociedad*, 38: 197-216 y Jorge García (2009) «¿Explica el trabajo la sociedad? En torno a la sociología del salariado de Pierre Naville», *Laboreal*, 5 (2).

[3] Pierre Naville (1975) *La révolution et les intellectuels*, París, Gallimard [Hay versión en español de este libro: *La revolución y los intelectuales*, Barcelona, Galba Edicions, 1976].

[4] Pierre Rolle ha sido uno de los principales colaboradores y continuadores de la sociología de Naville en Francia. El principal trabajo de Pierre Rolle sobre la Unión Soviética y la Rusia postcomunista, donde se retoman y amplían los planteamientos de Naville, es *Le travail dans les révolutions russes. De l'URSS à la Russie: le travail au centre des changements*, Lausana, p. 2, 1998 [Hay versión en español de este libro: *De la revolución del trabajo al trabajo revolucionado*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2009].

[5] Este breve repaso por los postulados de Naville a propósito de la URSS se basa en la interpretación que hace Pierre Rolle (2017) del análisis de Naville en: «¿Una misma crisis de Este a Oeste? Ensayo sobre Pierre Naville», *Sociología Histórica*, 8: 65-89.



UNIÓN SOVIÉTICA: derecho a la autodeterminación, federalismo y otras propuestas para resolver la cuestión nacional

Texto
Aingeru Otxotorena

En los últimos años, no han sido pocas las voces que se han alzado en torno a la cuestión nacional. La comprensión, la lógica y las diferentes posiciones políticas desde las que se ha abordado han tintado de asombrosa variedad el tema. El objetivo de este reportaje no es dar respuesta a debates pendientes de ningún modo, sino dar una aclaración histórica que pueda alimentar esos debates. Aprovechando el aniversario de la Revolución de Octubre y con la

oportunidad que me brinda, he intentado hacer una aproximación al tema. La unión soviética, la federación, el derecho de autodeterminación, Lenin, Stalin... estoy dudando de que no sean demasiados conceptos y nombres para un único reportaje. Sin embargo, estoy seguro de que todas ellas (incluso muchas más de las mencionadas) son imprescindibles para poder desarrollar de la manera más adecuada la cuestión que nos ocupa.

¿QUÉ ES LA CUESTIÓN NACIONAL? APROXIMACIÓN HISTÓRICA

No puede decirse, en comparación con otros conceptos y categorías, que la tradición marxista haya producido demasiada teoría acerca de la nación y de las diversas cuestiones que le afectan. Más que a la comprensión general del asunto, la mayoría de las referencias bibliográficas recogidas hacen referencia a diferentes posiciones políticas tácticas que se han adoptado a lo largo de la historia. Una de las más importantes es la

Unión Soviética y su vinculación con la cuestión nacional y con el derecho de autodeterminación.

La cuestión que nos ocupa es la relativa a la liberación de las naciones y a las condiciones de su libre desarrollo. La cuestión nacional debe ser analizada con perspectiva histórica, ya que su contenido y significado varían de una época a otra. Cuando surgieron las naciones, la cuestión nacional estaba relacionada con la demolición del feudalismo y la liberación del país. En la época del imperialismo, convertida la cuestión nacional en un problema plan-

El Manifiesto Comunista dice que la clase obrera es internacional, pero que, al mismo tiempo, desarrolla su acción en una nación determinada

teado entre los Estados, suele relacionarse con la cuestión general sobre la liberación de los pueblos coloniales, que ha pasado a ser a la vez un problema nacional y colonial. También es un tema que ha estado estrechamente relacionado con la cuestión campesina, ya que la masa principal que participaba en el movimiento nacional ha sido formada por campesinos en algunos pasajes importantes de la historia. Con la Revolución de Octubre comenzó la gloriosa época de las revoluciones socialistas y de la liberación nacional.

Los ideólogos burgueses conside-

ran que el único medio de resolver la cuestión nacional es el aislamiento de las naciones — lo cual, en realidad, aumenta la hostilidad entre ellas, somete a unas a otras —, pero la Revolución Socialista de Octubre mostró la posibilidad y oportunidad de seguir otro camino, un camino revolucionario. El camino para la anulación del capitalismo y la liquidación total del yugo nacional, el camino para establecer la hermandad entre los pueblos.

El régimen soviético no se limitó a proclamar la igualdad de derechos de las naciones. En contraposición, hizo todo lo necesario para acabar lo antes posible con la desigualdad económica y cultural entre los pueblos. Basándose en el apoyo entre los pueblos y, sobre todo, en la solidaridad. Todas las repúblicas nacionales soviéticas, entre otras cosas, crearon una industria moderna en sus territorios, formaron especialistas nacionales, obreros e intelectuales, desarrollaron una cultura... todas estas en su forma pertenecientes a la propia nación pero socialistas a lo que el contenido atañe.

Marx y Engels también se ocuparon de los asuntos relacionados con la opresión nacional. Es cierto que no hay libros ni textos globales que definan tesis teóricas y políticas sobre estas cuestiones. Sin embargo, en sus escritos, y especialmente en la correspondencia entre ellos, hay numerosas referencias a los complejos problemas que existían entre la lucha de clases, la unión del proletariado y la libertad de los pueblos a mediados del siglo XIX.

El Manifiesto Comunista dice que la clase obrera es internacional, pero que, al mismo tiempo, desarrolla su acción en una nación determinada (que puede ser una nación desarrollada y unida, o una nación que oprime a otras naciones, o una nación oprimida); por tanto, debe tenerla en cuenta para desarrollarse como clase. Y además, dice Marx, en la medida en que se derogue la explotación de clase, también se derogará la opresión de una nación. Lo importante, lo decisivo para la acción



Con el objetivo de la cooperación y afinidad entre los pueblos soviéticos, fue tiempo de liquidar los yugo nacionales y constituir nuevas naciones socialistas. La burguesía tiene una forma clara de resolver este asunto: dividir las naciones, romperlas en el odio, esclavizar a una nación por otra, etc.

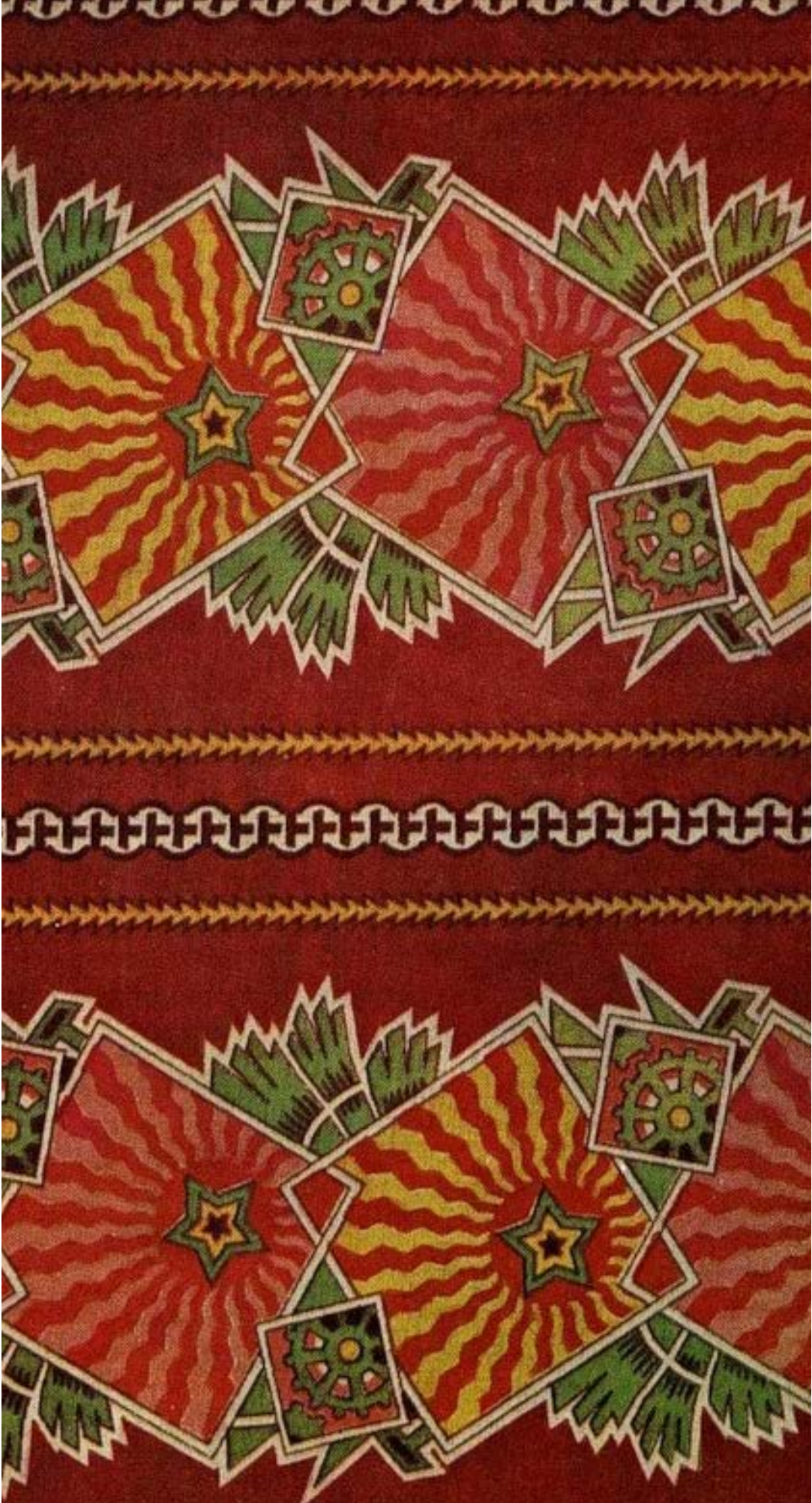
política es la relación entre estos dos elementos de la ecuación: la clase y la nación.

LAS TRES FASES DE LA CUESTIÓN NACIONAL

La tradición marxista ha distinguido tres períodos o épocas diferentes en relación con el tema de la cuestión nacional. La primera sería un periodo ligado a la abolición del feudalismo y al triunfo del capitalismo. Momento en que las naciones comienzan a desarrollarse en Occidente (especialmente). La aparición de las naciones está directamente relacionada en este caso con la creación de Estados centralizados. Se puede decir, y así se ha entendido, que fueron los países del este de Europa los que dieron un poco tarde la creación de los estados. Su principal causa fueron las guerras contra los turcos y contra los mongoles. Forzados por la naturaleza de la situación, empezaron a surgir los que se han conocido como estados multinacionales. En este tipo de estados, la nación con más fuerza o evolución más rápida se convertía en una nación dominante y las otras naciones se convertían en sus súbditos.

Las naciones surgieron en la huella de las luchas de liberación nacional en Europa occidental. Estos combates de liberación nacional habían sido alcanzados con la decadencia del absolutismo entre otras razones. En Europa oriental, con la represión nacional en vigor, los movimientos nacionalistas burgueses iniciaron sus luchas. La cuestión nacional empezó a generar conflictos.

Podemos decir que la segunda época o periodo comienza con el nacimiento del imperialismo. Hasta entonces, la cuestión nacional no había superado el marco de los Estados multinacionales y se trata de un tema que no tenía importancia más que para unos pocos países europeos. Sin embargo, el auge del imperialismo traerá un cambio importante y la cuestión nacional se convertirá en un asunto internacional. Los conflictos entre los países imperialistas



La propia naturaleza del Poder de los soviets —internacional en cuanto a contenido de clase—, la necesidad de defensa contra los ataques exteriores y la necesidad de construcción socialista fueron las principales condiciones para que los pueblos soviéticos se acercaran unos a otros y se unieran en un solo Estado multinacional. El 30 de diciembre de 1922 se creó la Unión Soviética, un Estado multinacional sin precedentes

que surgieron en la pugna por la colonización de países, nos demuestran claramente que la base de la existencia de los estados multinacionales está íntimamente relacionada con la opresión nacional y colonial. Tampoco podemos dejar de lado en este asunto la visión de clase que el proletariado impuso a la cuestión en general. El proletariado de los países esclavizados que se organizó en las luchas de liberación nacional y los intereses del proletariado que luchó por la liberación de las colonias necesitaban de un frente duradero que se uniera y luchara por los intereses generales. Para el proletariado la cuestión nacional es la cuestión de los aliados de la revolución. Antes de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución de Octubre, los movimientos comunistas consideraban este problema como parte del problema de la revolución burguesa democrática. Tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre, será considerada como una fase del proceso de la revolución socialista.

La tercera fase comenzará con la Gran Revolución Socialista de Octubre. En comparación con períodos anteriores, la época que acabamos de mencionar propone nuevas formas de plantear y resolver la cuestión nacional. Con el objetivo de la cooperación y afinidad entre los pueblos soviéticos,

fue tiempo de liquidar los yugo nacionales y constituir nuevas naciones socialistas. La burguesía tiene una forma clara de resolver este asunto: dividir las naciones, romperlas en el odio, esclavizar a una nación por otra, etc. La revolución de Octubre demostró que en el capitalismo no se ofrece nada más allá de esas posibilidades. Y, por tanto, que la cuestión nacional misma no puede resolverse en el capitalismo.

LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE: PRINCIPALES ENSEÑANZAS DE LA CUESTIÓN NACIONAL

En los primeros días de la Revolución de Octubre, concretamente el 15 de noviembre de 1917, el gobierno soviético aprobó la «declaración de los derechos de los pueblos rusos». Este documento indicaba de manera clara cuáles eran los derechos de las diversas naciones rusas:

1. La igualdad y la soberanía de los pueblos rusos.
2. El derecho de los pueblos rusos a valerse de sí mismos, así como el de separarse y constituirse de forma independiente.
3. La derogación de los privilegios y restricciones nacionales y religiosos.
4. El libre desarrollo de las minorías nacionales y de los grupos étnicos que viven en Rusia.



La propia naturaleza del Poder de los soviets —internacional en cuanto a contenido de clase—, la necesidad de defensa contra los ataques exteriores y la necesidad de construcción socialista fueron las principales condiciones para que los pueblos soviéticos se acercaran unos a otros y se unieran en un solo Estado multinacional. El 30 de diciembre de 1922 se creó la Unión Soviética, un Estado multinacional sin precedentes.

En el programa del Partido Comunista de Rusia (1919) se recoge la idea federativa como una provisionalidad y en el II. Congreso Comunista Internacional, las tesis sobre la cuestión nacional aprobadas por el Congreso (1920) (se puede decir que ampliaron el alcance de las ideas Leninistas) abrieron el camino hacia la unión de los trabajadores que sería la federación.

Fue la coyuntura histórica la que llevó a los bolcheviques a la elección federal. Como dijo Stalin en 1924, al revisar el cambio de posición (pues la Constitución de 1918 no barajaba ninguna posibilidad federal), la federación sirvió para agrupar grupos de obreros de distintas nacionalidades, y además era compatible con la unidad económica. Pero, el peso específico del movimiento

El régimen soviético no se limitó a reivindicar la igualdad de derechos, sino que trató de poner fin lo antes posible a la desigualdad real entre los pueblos en el ámbito político, económico y cultural heredado del antiguo régimen

nacional fue mucho mayor y el camino hacia la unidad de las naciones mucho más complejo que antes. La cuestión nacional fue el contexto especial que dio a la federación un carácter progresista. Se puede decir, por tanto, que la Federación se organizó en función de las necesidades prácticas. Siendo las mas importantes de estas el orden militar y económico.

Como se observa en las experiencias previas a la Constitución de la Unión Soviética, la unidad económica fue en todo momento el elemento central, a pesar del cambio de concepción bolchevique sobre la federación: no solo porque era necesaria la economía en el camino hacia el socialismo, sino porque solo la fórmula federativa podía resolver la cuestión nacional teniendo como objetivo el desarrollo cultural y la igualdad material de todas las naciones.

El régimen soviético no se limitó a reivindicar la igualdad de derechos, sino que trató de poner fin lo antes posible a la desigualdad real entre los pueblos en el ámbito político, económico y cultural heredado del antiguo régimen. El partido comunista llevó a cabo esta labor con gran éxito, en constante lucha contra los enemigos del pueblo y contra toda clase de desviaciones nacionalistas. Con la ayuda del pueblo ruso, buscaron el desarrollo de los pueblos más atrasados. Para ello las clases explotadoras, despojadas del camino siendo las que eran las principales enemigas de las naciones de la época, tanto de los poderes soviéticos y del Partido Comunista, dieron paso a las relaciones de hermandad y solidaridad entre los pueblos.

Pero no se puede decir que la unión soviética solo trabajó a favor de su patria. Fueron grandes las ayudas que los diversos países que luchaban por su liberación nacional y social recibieron de los soviéticos para superar la esclavitud y establecer la democracia.

EL CASO AUSTRIACO: LA TESIS DE LA AUTONOMÍA CULTURAL-NACIONAL

Es conocido que los socialdemócratas austriacos presentaron un programa para responder a la cuestión nacional, propuesta que se denomina como la autonomía cultural nacional.

La base principal del programa sería, en primer lugar, que la autonomía no se concede, supongamos, a Bohemia o Polonia, habitada principalmente por checos y polacos, sino a checos y polacos en general, independientemente de su territorio.

Por eso se llama a este tipo de autonomía nación y no territorio.

Esto quiere decir que los checos, los polacos, los alemanes, etc. que están dispersos por las fronteras de Austria, considerados individualmente, como personas distintas, se organizan en naciones enteras y entran, como tales, a formar parte del Estado austriaco. Austria no será así una unión de regiones autónomas, sino una unión de nacionalidades autónomas, constituida extraterritorialmente.

Las instituciones nacionales generales que deben crearse para estos fines para polacos, checos, etc., no intervendrán en asuntos *políticos*, sino *culturales*. Los asuntos especialmente políticos se resolverían en el Parlamento de toda Austria (Reichsrat).

Por ello, esta autonomía se denomina además cultural-nacional.

He aquí el texto del programa aprobado por la socialdemocracia austriaca en el Congreso de Brünn de 1899: «Las divergencias nacionales en Austria impiden el progreso político, la solución definitiva de la cuestión nacional es, ante todo, una necesidad cultural» y que «esa solución solo es posible en una sociedad verdaderamente democrática basada en el sufragio universal, justo e igual». El programa continúa: «La conservación y el desarrollo de las peculiaridades nacionales de todos los pueblos austriacos no es posible en base a la plena igualdad de derechos y a la ausencia de todo tipo de opresión. Por

La ventaja de la autonomía regional es, sobre todo, que no debemos hacer naciones con una ficción sin territorio, sino con una población determinada que vive en un territorio determinado. Además, no limita a los hombres por naciones, no refuerza las barreras nacionales

Su nación debe reclamar la libertad de separación política de las colonias y naciones que oprime. De lo contrario, el internacionalismo del proletariado sería vacuo y verbal; ni la confianza ni la solidaridad de clase entre la nación oprimida y el opresor serían posibles; quedaría así desdisfrazada la hipocresía de los defensores reformistas de la autodeterminación

tanto, hay que rechazar en primer lugar todo centralismo burocrático del Estado, así como los privilegios feudales de los territorios».

No es difícil darse cuenta de que en este programa quedaron algunos restos de *territorialidad*, pero en general es una formulación de autonomía nacional.

En primer lugar, es evidente que es absolutamente incomprensible y en absoluto justificado sustituir la autodeterminación de las naciones por la autonomía nacional. La autonomía cultural-nacional implica la integridad del Estado formada por varias nacionalidades mientras la autodeterminación sale del ámbito de ese todo; la autodeterminación otorga a la nación todos los derechos, mientras que la autonomía nacional solo le otorga derechos *culturales*.

En el futuro, es muy probable que se den estas circunstancias internas y externas, que una u otra nacionalidad decida salir del Estado multinacional miembro de Austria. Tal y como alertaron varios autores de la época.

Según Stalin, la autonomía nacional se contradice con toda la trayectoria del desarrollo de las naciones. Ordena la organización de las naciones. Pero las naciones pueden crearse artificialmente si el desarrollo económico separa a grupos enteros y los dispersa por territorios diferentes.

En las primeras fases del capitalis-

mo las naciones se cohesionan. Pero también, sin duda, se inicia un proceso de dispersión de naciones en las fases más desarrolladas del capitalismo. Así, los grupos que cambian de residencia pierden antiguos vínculos y adquieren nuevos en nuevos lugares, nuevas costumbres y nuevos gustos y, quizá, también nuevos idiomas.

Pero la falta de unidad de una nación no cae solo por migraciones. También se precipita por causas internas, como el rigor de la lucha de clases. En las primeras fases del capitalismo aún podía hablarse de la *comunidad cultural* del proletariado y de la burguesía. Pero, con el desarrollo de la gran industria y el aumento de la lucha entre clases, esta *comunidad* empezó a desaparecer. No se puede hablar seriamente de la *comunidad cultural* de una nación cuando burgueses y obreros de una misma nación dejan de entenderse.

Según Stalin, para resolver este problema hay que fijarse no solo en la situación interna sino que también en la situación externa que vive la propia nación. Estando Rusia entre Europa y Asia, no podemos olvidar que el crecimiento de la democracia en Asia en aquellos tiempos y el crecimiento del imperialismo en Europa son claves a tener en cuenta.

Stalin denunciará, que esa unión fracasaría con personas de ciertas nacionalidades que emigrarían a otras regiones por intereses económicos y

recibirían obstáculos de la etnia dominante de una nación. Conscientes de esta crítica, algunos sugieren la unión entre clases.

El propio Stalin asegura que la autonomía cultural no es autodeterminación, ya que la autodeterminación no entiende de un Estado formado necesariamente por ciertas naciones, y además la autonomía cultural no les otorga ese derecho de los pueblos. Además, por la naturaleza del capitalismo, estas naciones se separarían inevitablemente, especialmente porque son naciones *artificiales*.

Ante esta propuesta, el propio Stalin propuso la autonomía regional frente a la autonomía cultural.

La ventaja de la autonomía regional es, sobre todo, que no debemos hacer naciones con una ficción sin territorio, sino con una población determinada que vive en un territorio determinado. Además, no limita a los hombres por naciones, no refuerza las barreras nacionales, sino que, por el contrario, rompe esas barreras y reúne a la población para abrir el camino a otro tipo de limitación, a la delimitación por clases. Por último, permite el mejor uso posible de las riquezas naturales de la región y el desarrollo de las fuerzas productivas sin esperar a que la solución venga del centro, funciones que no otorga la autonomía cultural-nacional. Por tanto, la autonomía regional es un punto imprescindible para resolver la

“

Negar el derecho a la autodeterminación, incluida la separación total entre países, sería garantizar la división de los miembros de la clase obrera de diferentes orígenes o acepciones nacionales.

cuestión nacional.

Es indudable que en ninguna región existe una homogeneidad nacional completa, pues en todas hay minorías nacionales. Esto ocurría con los judíos en Polonia, con los letones en Lituania, con los rusos en el Cáucaso, con los polacos en Ucrania, etc. Se propone de esta manera que las minorías dispersas se articulen en una unidad nacional. Pero lo que necesitan las minorías no es una unión artificial.

Este asunto nos lleva directamente a tocar la idea del internacionalismo. El internacionalismo es la expresión de unidad de la clase obrera en las luchas internacionales contra los capitalistas. Por el contrario, no puede haber oposición a las legítimas y democráticas aspiraciones de la libertad de los pueblos ni internacionalismo si se acepta que un pueblo oprime a otro.

LENIN Y EL DERECHO DE LAS NACIONES A LA AUTODETERMINACIÓN

El derecho de las naciones a la autodeterminación no significa otra cosa que su derecho a la independencia en el sentido político, a la libre separación política de la nación oprimida.

Esta proclama no equivale en modo alguno a la, división y formación de los Estados pequeños. Sino una expresión consecuente para luchar contra toda opresión nacional. Cuanto más se aproxima el régimen democrático del Estado a toda la libertad de separación, más débiles y raras serán, en la práctica, las intenciones de separación, pues las ventajas de los grandes Estados son indudables, tanto desde el punto de vista del progreso económico como de los intereses de las masas..

El objetivo del socialismo no es solo eliminar en los pequeños estados la división de la humanidad y todo aislamiento de las naciones, no es solo un acercamiento entre naciones, sino también una fusión de naciones.

Y para lograr este objetivo debemos, por un lado, explicar a las gentes el carácter reaccionario de la idea de Renner

y O. Bauer sobre la llamada *autonomía cultural nacional* y, por otro, pedir la liberación de las naciones oprimidas, no en frases generales vagas, ni en declamaciones sin contenido, ni *retrasando* el problema hasta el socialismo, sino en programa político formulado con claridad y precisión.

Asimismo, la humanidad solo puede ir a la supresión de clases a través de la época de transición de la dictadura de la clase oprimida, y también puede llegar a la inevitable fusión de naciones solo a través del período de transición de la liberación total de todas las naciones oprimidas, es decir, de su libertad de separación.

El Proletariado no puede dejar de luchar contra el mantenimiento por la fuerza de las naciones oprimidas dentro de las fronteras de un determinado Estado, lo que equivale a luchar por el derecho de autodeterminación. Su nación debe reclamar la libertad de separación política de las colonias y naciones que oprime. De lo contrario, el internacionalismo del proletariado sería vacío y verbal; ni la confianza ni la solidaridad de clase entre la nación oprimida y el opresor serían posibles; quedaría así desdisfrazada la hipocresía de los defensores reformistas de la autodeterminación.

Lenin defendió el derecho de autodeterminación como un derecho democrático fundamental, pero siempre enmarcado en una estrategia de revolución social. ¿Por qué Lenin defiende el derecho de autodeterminación de los pueblos hasta sus últimas consecuencias, es decir, incluida la secesión? Por tres razones principales:

A) Porque se lucha contra el imperialismo, para que las masas coloniales se levanten contra el imperialismo. Lenin considera en todo momento a estas masas como actores políticos. Y para Lenin, estos actores políticos son fundamentales para debilitar a la burguesía internacional. En la II. Internacional, el tema de la cuestión nacional y las muchas discusiones que se daban sobre las colonias estaban en las anti-

Lenin comprendía bien la relación dialéctica entre la emancipación nacional y la emancipación social. En su opinión, la lucha nacional no era un desvío de la lucha por la revolución social. En esa lucha, había potencialidades que los revolucionarios debían saber utilizar para aumentar la lucha de clases



podas de lo que Lenin planteaba.

B) La concebía como una precondition para la unificación de la clase trabajadora y la ruptura de la influencia de los nacionalismos tanto en la nación opresora como en la nación oprimida. En la nación opresora, que esa clase trabajadora defienda el derecho de autodeterminación es una precondition para su emancipación. Es imposible querer tu emancipación como clase, si contribuyes a aplastar una parte de tu clase (nación oprimida). Además, en tal caso, lo que fortaleces es tu burguesía (es decir, la burguesía de la nación oprimida). En cuanto a la nación oprimida, solo puedes decidir lo contrario si tienes libertad para separarte. En Rusia, la mayoría de las nacionalidades que defendían el derecho de autodeterminación decidieron después de

la Revolución Rusa, y con ese derecho conquistado, no ejercer ese derecho y unificarse en una república socialista.

C) Lenin comprendía bien la relación dialéctica entre la emancipación nacional y la emancipación social. En su opinión, la lucha nacional no era un desvío de la lucha por la revolución social. En esa lucha había potencialidades que los revolucionarios debían saber utilizar para aumentar la lucha de clases.

CONCLUSIONES GENERALES

1) Al hilo de la emancipación social, la lucha de clases es el único camino para acabar con la burguesía y emprender el camino del socialismo.

2) El internacionalismo es la expresión de la Unión de la clase obrera en la lucha internacional contra los capitalistas. Pero el internacionalismo no puede

oponerse a las aspiraciones democráticas por la libertad. Por el contrario, no puede haber internacionalismo si se acepta que un pueblo oprime al otro.

3) La clase obrera debe mantener su posición de clase separada de la burguesía. Tanto de la nación opresora como de la oprimida, al menos mientras tenga la posibilidad y las condiciones para tomar las riendas del proceso de liberación.

4) Oponer o negar la emancipación nacional a la emancipación de la sociedad nada tiene que ver con la posición de Marx. Esto lo podemos ver claramente en el caso irlandés.

5) Negar el derecho a la autodeterminación, incluida la separación total entre países, sería garantizar la división de los miembros de la clase obrera de diferentes orígenes o acepciones nacionales. /

Publicado
EN OCTUBRE DE 2020
EN EUSKAL HERRIA

Coordinación y Redacción
GEDAR LANGILE KAZETA

Web
GEDAR.EUS

Redes Sociales
TWITTER **@ARTEKA_GEDAR**
INSTAGRAM **@ARTEKA_GEDAR**
FACEBOOK **@ARTEKAGEDAR**

Contacto
HARREMANAK@GEDAR.EUS

Suscripción
GEDAR.EUS/HARPIDETZA

Depósito legal
GR 1731-2019

Licencia



arteka

